GUILLERMO FRANCO

EL ORO DEL LABERINTO

© **Guillermo Franco**
© **de esta edición: Editorial Rosalba, 2024.**

info@rosalba.com.py
www.rosalba.com.py
EditorialRosalba
editorial.rosalba

Colección Hipálage #14

ISBN: **978-99925-12-84-5**

Dirección editorial: **Denisse Duarte**

Ilustración de portada: **David Bueno**

Diagramación: **ADAM**

Impreso en Paraguay

Primera edición: Diciembre 2024

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

GUILLERMO FRANCO

EL ORO DEL LABERINTO

EDITORIAL ROSALBA

Colección Hipálage

EL ORO DEL LABERINTO

La noche anterior se rascó los ojos hasta dejárselos en carne viva. Le picaban a rabiar, la molestia era por leer en la computadora y pegar los ojos a la pantalla. Quería que cada letra, palabra y frase se le quedaran grabadas con cincel en la corteza de su cerebro. Todo por querer ahorrar unos billetes, como si cada libro incrementara su caja de ahorro. Buscaba el precio de cada ejemplar y cuando lo terminaba de leer sumaba el monto en su cuenta ficticia.

Así fue que después de haber dormido con los ojos rojos, se despertó con dos costras que le impedían mover los párpados. Primero las rascó y no las pudo sacar, luego usó la llave de su auto para palanquear esas costras que parecían dos monedas grandes, hasta que por fin se dio cuenta de que no le quedaba de otra que usar una pata de cabra. Tanteó hasta el depósito en donde tenía sus herramientas, se golpeó los dedos pequeños de ambos pies y maldijo su suerte y se compadeció de los ciegos. Qué cosa horrible no poder ver; prefería quedarse sordo o mudo, pero quedar ciego, aunque sea por un breve tiempo, le aterrorizaba.

Palanqueó con fuerza y sacó las costras como si fuesen chapas. En el proceso se arrancó las cejas. Era la primera vez que tenía conjuntivitis y no se había imaginado que pudiera darse de esa forma. No eran legañas, eran placas frías y duras como el metal, amarillas y brillantes. Las hizo chocar entre sí y el tintineo le pareció extraño. El oculista sabría con precisión cuál era el problema.

—Acérquese al aparato y abra bien los ojos —le dijo el oculista—. Le voy a poner una gotita para que no le piquen y estos dos soportes sirven para sostener sus párpados. No se preocupe.

El oculista pasó un hisopo por las córneas del paciente para obtener una muestra. Esparció la muestra en una placa de vidrio y la miró con el microscopio.

—¿Es usted alguna clase de millonario excéntrico?—le preguntó el oculista, con un dejo de impaciencia en la voz.

—¿A qué se refiere? —preguntó Gustavo.

—La semana pasada recibí a una paciente de quince años que tenía una molestia en el ojo izquierdo. Después de una breve revisión encontré un cartón con el dibujo de un osito, el papel estaba empapado en ácido. Resultó ser una droga —dijo el oculista.

—No entiendo qué tiene que ver eso conmigo —respondió el paciente.

—Usted tiene oro curuvicado en las retinas, sobre todo cerca del lagrimal —dijo el oculista—. ¿Es alguna droga nueva que usan los millonarios? ¿El polvo está empapado con ácido o con otra cosa?

A Gustavo le pareció una broma extraña y desagradable. Empujó al oculista para ver él mismo por el microscopio y encontró el oro en polvo esparcido por la placa de vidrio. Tiró dos billetes en el escritorio del oculista y se retiró enojado del consultorio. ¿Qué significaba todo eso? Todavía tenía las dos placas de metal en el bolsillo, las sacó y brillaban más que antes, como si en el núcleo de cada pedazo de metal se encontrara una supernova.

De camino a su casa se topó con un cartel grande y colorido que rezaba «Compro oro». El diagnóstico del oculista debía ser una

broma, el mundo está repleto de seudoprofesionales que se escudan con sus títulos enmarcados en la pared, como si, por arte de magia, ese pedazo de cartón colgado encima de sus cabezas hace que todo lo que profieren adquiera un valor científico al momento. El dueño de la tienda de empeños desmentiría todas las insensateces que Gustavo había escuchado.

Entró a la tienda y el tufo embargó sus pulmones. Era un olor a viejo, a piel arrugada y manchada; el dueño salió debajo del mostrador, como un tejón temeroso.

—¿Qué desea? —dijo el viejo.

Gustavo puso las dos placas amarillas sobre el mostrador. El viejo le miró receloso, como si presintiera que Gustavo traía consigo una maldición. Sacó un lente de aumento y examinó los dos pedazos, notó que en ellos estaban incrustados pestañas y cejas, y los relieves de la parte cóncava parecían dibujar párpados.

—¿Dónde los consiguió? —preguntó el viejo.

—¿Y eso qué le importa? —le dijo Gustavo—. Quiero saber qué son.

—¿Quiere empeñarlos o venderlos? —preguntó el viejo, y pasó la lengua por sus labios para evitar que la baba se le cayera.

—Quiero saber qué carajo son —respondió Gustavo—. Vamos por partes.

El viejo volvió a examinar los metales, por la santa duda, y las manos le temblequearon como maracas.

—Es oro borgiano —dijo—. Pensé que era una leyenda, pero cumple con todas las características, parece contener fuego. ¿En dónde lo encontró? Por favor.

Gustavo notó que una costra se le formaba alrededor de los lagrimales, con la misma dureza y frialdad que los dos pedazos que estaban en el mostrador. El viejo babeaba por los ojos y exudaba codicia y ansiedad por todo el cuerpo; extendió la mano para agarrar los metales, pero Gustavo fue más rápido y salió corriendo de la tienda. Dos locos en un día ya eran demasiado, aparte de la asquerosa conjuntivitis que no le permitía ver bien. Las virutas de oro se le formaban en los bordes de los párpados y al sacarlas se le rasgaban las córneas. Le rogó a Dios que no le sacara la vista, que le sacara los brazos o las piernas si quería, todo menos sus ojos. El metal crecía tan rápido que, sin que pudiera evitarlo, se le formó una máscara dorada y tuvo que andar a ciegas por las calles laberínticas hasta llegar a su casa.

Chocó con los marcos de las puertas y con las sillas que no había acercado a la mesa. Necesitaba algo duro, ahora ya no le bastaría palanquear con la pata de cabra, porque el oro estaba por cubrir toda su cabeza. Tanteó la áspera pared hasta llegar a la cocina; la mesada de mármol era adecuada, su borde puntiagudo abriría el yelmo de oro. Cabeceó una vez y la sangre de su nariz se esparció por todo su rostro, pero la abolladura no fue suficiente, por lo que cabeceó dos veces con las fuerzas que le quedaban, y el oro se deformó y pudo tironearlo.

Arrojó al basurero el oro empapado en sangre. La ceguera parecía ineludible, debía memorizar todos los versos y cuentos que tenía guardados en su computadora antes de que sus ojos ya no pudieran recibir la luz del sol.

—Por favor, señor —dijo el dueño de la tienda de empeños al otro lado de la ventana—. Solo quiero ver el oro y palparlo una vez más.

El señor lo había seguido y ahora se pegaba a la ventana como una babosa. Gustavo le cerró la cortina en la cara, pero pudo escuchar cómo el viejo se sorbía la baba y reprimía sus gemidos. No le daría ni la viruta más pequeña, aunque no por codicia, sino porque ignoraba el valor que podría tener y tampoco le interesaba.

Leer los libros escaneados en su computadora hacía que sus córneas irritadas se sintieran como lava purulenta. Ya tenía memorizados cien poemas, pero no bastaban, no saber en qué momento llegaría la ceguera hacía que le picara la espalda, la desesperación, como si mil termitas recorrieran el ínfimo espacio entre su hipodermis y los músculos, separándolos irresolublemente para tejer los entramados de su colonia.

El golpeteo en la ventana no era el único. Alguien con demasiados brazos aporreaba la puerta y las paredes. Miró por la cámara de seguridad y era el oculista de la mañana y otros señores vestidos de la misma forma.

—¿Podemos vender el oro, señor Gustavo? —le gritó el oculista al otro lado de la puerta—. Nadie más que usted y nosotros lo sabremos. Usted lo produce y nosotros lo vendemos. Así de sencillo.

Al señor de la tienda de empeños también lo siguieron sus colegas. El chisme corrió más rápido que un avestruz. Decenas de codiciosos desaforados machacaban las puertas y las paredes de la casa

como avispas salpicadas con soda cáustica. La casa se fue achicando a machacazo limpio, los pasillos se hicieron angostos y el techo bajó tanto que golpeó a Gustavo en la coronilla.

Ya solo le faltaba un poema por memorizar: «no quedará en la noche una estrella…», el oro le salía en forma de varillas por debajo de los párpados, «borraré las pirámides…», virutas doradas por la nariz, «…la acumulación del pasado...», de los poros le salieron partículas brillantes, «haré polvo la historia, polvo el polvo». Quiso mirar el atardecer antes de librarse de la maldición, asomó un ojo por la ventana que ahora tenía el tamaño de una rejilla y una uña, como el pico de un pájaro posado en la aurora, le perforó el iris y de él manaron letras doradas y atemporales que los chacales afuera de la casa lamieron del suelo.

Ya lo tenía todo memorizado, grabó con cincel los versos y se arrancó los ojos y los tiró al grupo que bullía en desesperación, como aceite hirviendo en las grietas del asfalto; se lanzaron para rescatar algún retazo de las córneas enrojecidas.

Sus cuencas vacías brillaron como pozos de fuego. Recitó en voz alta todos los poemas al mismo tiempo y, en algún lugar del mundo, las manchas de un jaguar se incendiaron con una llama que no se apagaría hasta calcinar la última partícula, el último átomo. No se preocupó porque no tenía nada que legar, su nada era de nadie.

LAS CENIZAS DEL ABUELO

No sé cuántas veces se los repetí. Creo que en toda mi vida les pedí solamente eso, aparte de que se cepillaran los dientes y arreglaran sus camas, que considero que son pedidos que no cuentan en comparación a lo último, mi último deseo. No les costaba nada gastar un día de sus insustanciales vidas para hacer feliz a su padre, por más que ya estuviera muerto.

Eso es lo que pasa, uno se desvive por sus hijos y trata de que sean gente de bien. No pretendía que fueran empresarios exitosos o que se graduaran con los más altos honores, o que terminaran la carrera a tiempo. Por lo visto era demasiado pedir, demasiado.

Tendrían que ver a mis hijos ahora, con su vestido y traje negro y lentes de sol dentro del auto fúnebre, con el cielo nublado afuera. Silvina le preguntó a su hermano cuánto duraría la incineración y si debían estar presentes en el proceso, si no le podían enviar mis cenizas por *delivery* en el jarrón que eligieron por catálogo. Fernando ya se le había adelantado con las averiguaciones, y le dijo que, por protocolo, los clientes debían estar presentes y verificar que las cenizas fueran realmente las de su ser querido para evitar posibles reclamos, producto del delirio de algunos clientes que decían que el polvo que estaba en el frasco no era de su familiar, que en algunos casos el polvo era excesivamente oscuro. Los dos se rieron hasta toser y atragantarse con su propia saliva, mientras que el chofer los miraba por el retrovisor, mostrando más empatía por mi cadáver que mis propios hijos.

Aunque mis familiares nunca me cayeron bien y mis amigos solo lo eran porque me generaban algún beneficio, uno necesita un funeral en toda regla: con la gente alrededor del féretro y desgarrándose

la garganta por alguien que en realidad nunca conocieron bien. Pero daba igual. Las costumbres son las costumbres, y siento terror de que este simple trámite no me permita pasar el portón dorado y puntear el arpa por el resto de la eternidad.

Mis cenizas se almacenaron en un frasco turquesa encima de la chimenea, cerca del fuego crepitante, anticipando en dónde tendría mi descanso eterno. Mis hijos no tuvieron un solo día de luto. Al llegar a casa abrieron la champaña y se desternillaron de risa hasta quedarse dormidos. Yo no podía hacer otra cosa más que mirar desde el frasco, como si estuviese encadenado a mis cenizas. Supuse que estar atado a mis restos era como estar atado a mi antiguo cuerpo. Traté días y días hasta que por fin logré mover unas pocas partículas y fui colocándolas en diferentes puntos de la casa. Me permitían estar al tanto de todo lo que pasaba. Mis hijos permanecieron en casa. Pensé que al morirme venderían el terreno y se irían a vivir muy lejos, pero esta era otra de las pruebas de que en realidad no los conocía. Eran míos, sin duda, porque el parecido físico era innegable; sin embargo, sus conductas se alejaban de lo común. Tendrían que haber sido siameses: el uno era la sombra del otro. A veces caminaban tan a la par que se pisaban entre ellos. Sufrían de un magnetismo desmedido que en más de una ocasión angustió a mi esposa, a tal punto de no querer verlos ni en pintura.

Iba tejiendo, poco a poco, los motivos de la angustia de mi querida Clara. Ella había notado mucho antes lo que pasaba entre nuestros hijos. Guardó el secreto hasta que le resquebrajó las arterias y su corazón no aguantó, pobre. Tampoco confió en mí para soltar una parte de la carga.

El sol, al otro lado de la ventana, salía y entraba por el horizonte como un balero; el tiempo me aplastaba como una catarata. Ahora que ya no tenía párpados ni manos con que taparme los ojos, ni ojos que pudieran ser tapados, mi visión era la de un aleph atrapado, y me veía obligado a ver el cariño poco fraterno de mis hijos. En lo que dura un suspiro, Silvina ya tenía el vientre abultado por el que sería mi nieto, y yo, su único abuelo.

La ignominia palpitaba en cada rincón de la casa y si tuviese párpados también palpitarían hasta desgarrarse los músculos. Deseaba con todo mi ser, o mi no-ser, que mis cenizas se esparcieran en lo más recóndito del mundo. Mi deseo se cumplió después de que el acaudalado tiempo pasara con frenesí bajo el puente de mi percepción. No me tocó un rincón del planeta, sino el patio de nuestra casa. Ya era algo. Cavaron un pozo y cubrieron el polvo con tierra húmeda y una semilla de mango. Tenían algún delirio de reencarnación y lo proyectaron en mis restos. Hubiese sido lo mismo si desde un principio me hubiesen enterrado en un camposanto, tarde o temprano crecería de mis restos algún árbol frondoso. Esto solo era un capricho más de los cientos que tuvieron que satisfacer desde el principio.

—Nos reunimos una vez más para despedirnos de vos, papá —dijo Fernando. Su voz me llegaba débilmente a través de la tierra húmeda—. Parece que no terminamos nunca, pero es que nos cuesta desprendernos del todo…

El resto del discurso no lo entendí, pero era mejor porque la hipocresía en sus palabras me enfermaba. El balbuceo de un bebé me distrajo de lo que esos dos energúmenos decían. «Damián» pareció decir Silvina, supuse que era el nombre de mi nieto.

Después de cierto tiempo pude brotar, pasé de ser un polvo gris a ser un arbolito de mango, y las hojas y el tierno tallo me permitían ver el patio y el cielo estrellado de un suburbio olvidado por Dios. Damián venía una o dos veces por día a arrancarme las hojas que creía más bonitas y las dejaba secar al sol para guardarlas en una cajita desvencijada. Crecí torcido y maltrecho, y Damián dejó el chupete para mostrar su mueca de hiena. Cada vez que tenía ganas de ir al baño venía a regarme. Poco a poco pude controlar el cuerpo que ahora tenía. Me concentraba en un lugar del tronco en el cual quería que apareciera una rama, y, con la voluntad de un preso que con una cuchara excava el concreto armado, moldeaba mis extremidades como si fuesen vidrio fundido.

Damián necesitaba una distracción más en el patio para aplacar su aburrimiento. Cuando se le metía una idea en la cabeza berreaba hasta conseguirla, y si los cobardes de mis hijos se atrevían a negárselo en un intento desesperado de volver a poseer todas las potestades que tiene un padre, Damián buscaba una piedra o una rama para atizarlos y arrinconarlos como si fuesen perros sarnosos. Ahora, lo que quería era una hamaca, y yo le ofrecí una rama gruesa para que pudiera colgar una de las puntas. Se acostaba en la hamaca todas las tardes. Le gustaba que el sol le rostizara la piel. Podía ver cómo sus planes se entretejían en su ceño y sus ojos se movían debajo de sus párpados como pelotas de pinball. Una criatura así solo podía ser fruto de las andanzas de dos prófugos del manto de Dios por el valle de la muerte.

Ahora tenía una nueva actividad: poner pinchos de metal por mi corteza. Formaba distintos nombres y ninguno le convencía. Los

sacaba y ponía hasta que entraba el sol y decidía, por su cuenta, que ya era hora de dormir. Quería un hermanito. Esa era la nueva tarea que tenían mis hijos: debían proveerle a Damián un hermano que fuera su cómplice permanente. Cuando salían al patio, Damián los perseguía para que volvieran a hacer el intento, la cara de Fernando era un despojo y a Silvina le tambaleaban las rodillas. Pasaron los meses y mis hojas cayeron, los pinchos que había clavado Damián hicieron que el tronco se me infectara con un hongo que recorrió hasta la punta de las ramas. La panza de Silvina se hinchó como el cuello de un sapo, pero su rostro no era de felicidad. Parecía esconder algo y eso le pesaba en lo más profundo. Fernando apartó a su hijo para hablarle, puso su mano sobre su hombro, no como lo hace un padre, sino como lo hiciera un súbdito que, teniendo ya clavada una daga en el estómago, pidiera clemencia a su gobernante. Damián se apartó de su padre y deambuló por el patio. Pasaba sus dedos por la muralla en un intento de distraerse con los bordes de los ladrillos, como si en alguno de esos miles de ladrillos se encontrara todo lo que él ansiaba tener. Lo hizo hasta bien entrada la noche y el paso de sus dedos dejaba líneas rojas por la muralla, como un pentagrama de sangre.

Damián se acostó en la hamaca y se durmió. Antes de cerrar los ojos miró por última vez la casa, como si en ella se hallara toda la inmundicia del mundo. Yo, por otro lado, había perdido la posibilidad de dormir desde el momento de mi muerte, y estaba obligado a ver las motas de polvo flotar, iluminadas por el reflejo de la luna. Damián abrió los ojos y los fijó en mi copa, como lo hace un gato que en medio de la noche mira directo a un punto en el que parece estar un ser que no vemos, como si supiese que el árbol del cual colgaba su

hamaca era yo, su abuelo, y supiera todo de mí, incluso desde antes de mi nacimiento.

Arrancó una de mis ramas con la facilidad con que se arranca un pedazo de torta y la blandió hasta entrar a su casa. Desde adentro me llegaron los alaridos de Silvina y el lloriqueo impotente de Fernando, que cortaron la quietud de la noche de un sablazo. Damián salió de la casa haciendo malabares con la rama ensangrentada.

—Les pedí un hermanito, abuelo —me dijo, mirándome fijamente a la copa y un ramalazo agitó mi savia—. No sé cuántas veces se los repetí, creo que en toda mi vida les pedí solamente eso y mamá me dice que va a ser nena, la bebé. No me sirve.

Miró el piso, cavilando sobre las posibilidades que se le presentaban, que parecía que nunca estarían limitadas por las circunstancias, sino por su mera voluntad. Se acostó en la hamaca y volvió a dormir como si solo se hubiese levantado para ir al baño o a tomar un vaso de agua, y abrazó la rama. Quise apartar los ojos que no tenía para no ver los restos de piel y sangre que tenía la madera, en la punta de la rama había un colgajo parecido a un ombligo.

Esa era mi descendencia, mi legado a este sórdido mundo. Pensé que lo que sembré era bueno, que había seguido los pasos que nuestro Señor nos marcó, medianamente bien. Ahora mi cosecha no era más que hierba venenosa que amenazaba con propagarse por cada parcela de este planeta, colmándolo con tallos y hojas que al solo tacto producirían una picazón incontrolable.

Mientras Damián dormía dejé que mi tronco se agrietara. Faltaba poco para que saliera el sol, pero al final logré que una gran parte de mi cuerpo se desgajara y cayera de lleno sobre mi nieto. Se trataba de sacar la maleza de raíz y evitar que se extendiera; esperaba que con eso se me concediera el perdón. De más está decir que no fue así. Fernando salió al día siguiente y los restos de su hijo en mitad del patio le parecieron un símbolo de libertad que, si bien no le traía paz ni mucho menos alegría, le devolvía un retazo de la cordura que él había olvidado hace tiempo. Se fue de casa y muchos años después murió muy lejos.

Yo, por mi parte, ansío el olvido, la nada eterna. Desde el día en que me despedí de Damián mis restos se pudrieron y se fundieron con la tierra, y no hice más que extenderme contra mi voluntad por cada rincón del planeta. No soy más que una conciencia impotente, testigo de las calamidades que pasaron en el transcurso de millones de años desde que Fernando abandonó la casa para no volver. Ahora que el núcleo de la Tierra palpita para eclosionar, estoy cansado.

Solo espero que Dios me conceda la nada, el polvo o, aunque sea, el fuego.

ECO

El edificio abandonado era el lugar ideal para jugar. Los amplios pisos desiertos ofrecían una infinidad de posibilidades para crear el juego que a uno más le gustara. Sergio no tenía dinero para llevar a su hermano menor a algún parque de diversiones o a la cancha para ver un partido de fútbol; su único recurso era la imaginación para que su hermanito pudiera recrear las aventuras que se le presentaban en esa cabeza llena de fuegos artificiales. Salir cubiertos de polvo o con un corte por alguna varilla suelta en el suelo era un precio menor a pagar en comparación a todo lo que disfrutaban en ese sitio.

—Acá voy a dibujar una rayuela grande —dijo su hermanito—. Si pisás la raya o te quedás mucho tiempo en una casilla, ¡prenda! Y si te caés vas a tener que limpiar el baño toda la semana.

El niño tiró la piedra y cayó en el último cuadro de la rayuela. Sus saltos parecían los de una paloma que va comiendo las migas de pan que le tiran. Uno, dos y tres; en el cuatro y cinco debía saltar con ambas piernas; seis, siete y ocho, y recogió la piedrita. Se burló de Sergio porque ahora era su turno. Soltó la carcajada y el suelo a sus pies se desprendió como queso. El ruido de la caída fue seco. A Sergio se le apachurraron los pulmones, cada bocanada de aire traía consigo virutas de hierro.

Juntó valor y se asomó al gran agujero que ahora había en el piso, no tuvo miedo ante la posibilidad de que el concreto se desprendiera aún más: lo que le daba temor era lo que había pasado con su hermano. Vio que estaba acurrucado entre los escombros. No había ninguna piedra sobre él. Recordó la vez que cayó estrepitosamente con su bicicleta, por una pronunciada bajada que se encontraba cerca de su

casa; después de dar varias volteretas sobre el duro asfalto, la inercia cesó. Había quedado un poco mareado y sintió dolor recién cuando su mamá le puso alcohol en sus raspones. Seguro que su hermanito estaba bien, a esa edad los golpes no eran nada.

—Ya voy, Joaquín —gritó Sergio, mientras bajaba las escaleras. Eran veinte escalones, pero era como descender de una pirámide gigantesca.

—Vos te caíste, vas a tener que limpiar el baño —dijo Sergio. Quiso reírse para convencerse, pero se le atascó la voz.

Sergio lo sacudió para despertarlo; Joaquín tenía la peculiaridad de dormir con los ojos semiabiertos, ahora parecía dormido, como máximo se habría desmayado por el golpe. Alzó a su hermanito en su espalda, no pesaba nada, era como cargar un palo del cual colgaban muchas bolsas de algodón de azúcar. Con cada paso que daba en dirección a su casa, la cabeza de Joaquín se caía de un lado y luego del otro. Los demás transeúntes miraban a Sergio como si estuviese cargando el cuerpo ensangrentado de un jabalí, y le dio por correr para tratar de escapar de una culpa que desconocía.

Su casa era un cúmulo de sombras. Casi no tenía muebles con los cuales tropezar en la oscuridad. Sergio fue al patio con Joaquín a cuestas, en donde latían las tumbas de sus padres. Tenían la costumbre de arrodillarse y rezar todas las noches antes de dormir frente a las tumbas clandestinas de sus viejos. Joaquín no podía mantenerse firme; Sergio lo ayudaba para que se quedara arrodillado en posición de plegaria, pero él seguía desplomándose como un paquete de arroz y dejaba que las moscas se apelotonaran en sus ojos.

—Basta, Joaquín —le gritó Sergio—. Quedate quieto, *nde mitã'i tepoti.*

El eco de la muerte se amontonó en su oído. Insistente. El fallecimiento de sus padres, aunque repentino, era lógico: estaban viejos y seniles, habían caído uno detrás del otro. Hasta cierto punto fue un alivio, porque él y su hermanito no podrían haber cargado con dos fardos añosos durante mucho tiempo; esto último Sergio no se lo diría nunca a Joaquín, que cuando sus padres murieron soltó lágrimas como monedas. Por eso era imposible que a su hermanito le hubiese pasado algo más: solo fue un golpe que ahora hacía que se comportara de forma extraña. La muerte no vendría para llevarse ojos tan jóvenes.

Sergio acostó a su hermanito en el sótano y prendió los calefactores para que ningún bicho se le acercara. Durmieron uno al lado del otro hasta que el calor de las válvulas los sofocó. Se alistó para ir a hacer las compras, ya no tenía coquitos para el cocido de la mañana y Joaquín se lo reprocharía con un: «no importa, *bebidonte ha'úta*». Lo único bueno del frío era que la carne no se descomponía fácilmente; esta idea lo reconfortó y luego le generó malestar, así que la apartó de su cabeza con un manotazo.

En el almacén, la señora que atendía se ovillaba al lado del brasero, parecía sostenerse con un caballete invisible mientras esperaba que algo bueno le cayera de arriba. Sergio compró medio kilo de coquitos y dos litros de leche y apretujó en su bolsillo los billetes arrugados que aún le quedaban.

—*Áina, che memby* —le dijo la almacenera a un nene que correteaba cerca—. Vaya y póngase una zapatilla por el pie. ¿Cómo pio descalzo con este frío? Te dije que te quedaras arriba y esperaras nomás.

El nene se alejó como si le hubieran tirado agua fría. Joaquín necesitaba eso: una mamá que le reprochara con cariño sus cabezudeadas. «Que esperara nomás» había dicho la señora, y Sergio esperaría a que el tiempo se olvidara de él en el rincón de un bar, mientras tomaba el alcohol caliente que le escupían en el vaso. La imagen del sol se desintegró entre brumas, y la noche trajo consigo un viento filoso. Sergio se escondió detrás de un árbol mientras la almacenera descorría la cortina de acero para cerrar su tienda. Solo quedaron las tenues luces del alumbrado público, que no podrían delatar ni al delincuente más descarado. No lo pensó mucho: entró sin hacer ruido y golpeó a la señora en la nuca, con el banquito que hasta hace poco ella usaba. Recorrió las cuadras que faltaban para llegar a su casa con la señora a cuestas; lo de cargar cuerpos como si fuesen cajas se le daba bastante bien, tal vez en otra vida había sido estibador.

Las moscas eran las primeras en darse cuenta de la muerte, no tardaron nada en posarse en los ojos de la señora. Sergio la ubicó en el sótano, al lado de Joaquín, en la postura que mantiene una profesora ante un alumno atento, obediente. Hizo una lista mental de lo que su hermanito necesitaba; ya tenía una figura materna, ahora faltaban otros niños para que pudiera hacer amigos.

Salió todas las tardes para completar su lista. Esperaba en la escuela de Joaquín a que los niños se desperdigaran como esquirlas tras

escuchar el timbre. Siempre había por lo menos uno que se desviaba de su camino y no costaba nada llevarlo a casa, era como cargar productos en el carrito del súper.

Ya tenía toda una comitiva en el sótano. Joaquín estaba rodeado de muchos amigos que estaban congelados en posturas que permanecían gracias a soportes de madera sujetos con clavos. Cuando tenía que cambiar la postura de algún niño para simular que estaban jugando a otra cosa, Sergio debía forzar los músculos y en algunos casos romper los huesos. El rigor mortis era algo realmente molesto.

—No dejes entrar el viento —le susurró una voz. El eco impertinente.

Debía ser su imaginación, porque él podía mover las extremidades de todos esos niños, pero no podía meterle los dedos en las gargantas hasta llegar a las cuerdas vocales; algunos ya ni tenían lenguas. La puerta a su espalda se cerró con desdén, el sótano en plena oscuridad era agobiante, sentía los cuerpos de los niños muy cerca del suyo y exudaban un calor dulzón, como el que sueltan los mangos pútridos a la vera del asfalto. Tanteó el vacío y pudo llegar hasta el interruptor del foco; todos estaban en las mismas posturas de antes, solo Joaquín tenía la cabeza ladeada en dirección a su hermano.

El viento filoso que entraba por los resquicios de la ventanita que daba al patio, amenazaba con tajear las pieles de todos los amigos de Joaquín. El último pedazo de brisa que entró, antes de que Sergio cerrara la ventana, rebotó por las paredes hasta entrar por la boca abierta de su hermanito, que se empecinaba en murmurar un man-

tra. Sergio se agachó y acercó el oído a la boca de su hermano para tratar de entender lo que estaba diciendo, pero el susurro no salía de su boca sino de sus cuencas vacías, que soltaban un olor a cuero enmohecido. Pegó la oreja a la cara de Joaquín, el murmullo llegaba desde muy lejos y con paso cansino, y no pudo entender lo que le quería decir.

Era la pena encanecida. Las horas avanzaron por su piel a trote mar y con botas con pinchos. Ya no quería permanecer en este plano acartonado y soez, donde la sangre es sangre y el dolor es rutina, donde la felicidad es la ausencia de tortura y la tortura es una marea de magma incandescente que nos calcina y vuelve a componer nuestra carne, para repetir el proceso hasta el hastío.

Apoyó la cara húmeda de lágrimas en el regazo de su hermanito. Joaquín jugaría en ese sótano con sus amigos hasta que el tejido que cubría sus huesos decidiera deshilacharse, o incluso hasta mucho después. Él, por otro lado, debía continuar cumpliendo con sus deberes. Debía velar por la sonrisa de su hermanito y atender que nunca le faltara nada.

En ese desasosiego, con la cabeza desplomada en el regazo de Joaquín, quiso rezarles a sus padres antes de cerrar la puerta del sótano e irse a dormir.

Su voz macilenta, emponzoñada en desaires, se deshizo en plegarias de satén.

LA HIPÓTESIS

Era el quinto orfanato que el doctor Mendoza visitaba. Los recién nacidos dormían plácidamente en cunas de hierro, revestidas con telas desgastadas. Las cunas iban desde la entrada del pabellón hasta chocar con la pared del fondo; parecían expedientes puestos en orden alfabético a la espera de que alguien pidiera revisarlos.

El doctor Mendoza inspeccionaba a cada niño con una minuciosidad disimulada, sentía ansias de sacar su lupa del bolsillo, pero las enfermeras iban y venían como polillas en un ropero descuidado. Parecían no interesarse por los movimientos del doctor, de todas formas era mejor ser prudente. Cuando le daban la espalda o se alejaban, él recorría los cráneos de los niños con sus dedos en busca de algún surco o protuberancia que se acrecentara con los años.

—Quiero este —dijo el doctor Mendoza.

—¿«Quiero este»? —repitió la enfermera que se acercó para ayudarlo—. No son perros que usted elige en una veterinaria para entretenerse en sus ratos libres. ¿Acaso ya llenó los formularios? —preguntó la enfermera, que tenía la cara roja.

El doctor siguió cabizbajo a la enfermera hasta la oficina administrativa. Se sentó y pusieron frente a él un montículo de formularios que se apresuró a rellenar. Debía declarar sus ingresos y trazó los números con cierta arrogancia; tenía que citar sus estudios y temió que se le agotara la tinta; en cuanto al tiempo que estaría en casa para compartir con su posible hijo, afirmó que al ser investigador no necesitaba salir, le bastaba con recorrer su inmensa biblioteca para

alcanzar el material de apoyo que en ese momento necesitara. La funcionaria a cargo leyó detenidamente todos los formularios, el doctor no podía evitar mover los dedos dentro del bolsillo de su saco como si estuviese tocando una sinfonía.

—Veo que todo está en orden —dijo la funcionaria—. Lo único que me llama la atención es que quiera adoptar un niño estando usted soltero.

—Mi esposa murió hace ya varios años.

—Pero en ningún lado menciona que estuvo casado.

—Bueno, en realidad ella falleció en vísperas de la boda. Ya la consideraba mi esposa y para mí es como si estuviésemos casados, aun cuando ella esté muerta.

Se sorprendió de su habilidad para mentir, no le fallaba cuando quería hacer desaparecer algún obstáculo en sus investigaciones. La funcionaria inclinó la cabeza hacia arriba para no derramar las lágrimas, y el doctor contuvo las ganas de reírse.

—De todas formas, estar soltero no es ningún impedimento para adoptar —dijo la funcionaria—. Simplemente que al estar casado se tiene a dos personas a cargo del niño, es un plus. Pero no se preocupe.

El doctor Mendoza tuvo que esperar un mes para que el orfanato respondiera su solicitud. Se despertaba todos los días y revisaba su correo, hasta que por fin vio un mensaje con el membrete del orfanato, aspiró profundo antes de hacer clic y abrió el mail: «Estimado… al haber revisado exhaustivamente su documentación… y examinado… tenemos el agrado de comunicarle que se ha aprobado

su solicitud de adopción». Saltó en su asiento y corrió para buscar el craneómetro, no encontraba por ningún lado su cuaderno de anotaciones. ¿Qué se necesitaba para buscar a un bebé? Miró la jaula que utilizó cuando replicó los experimentos de Pavlov, pero supuso que sería demasiado.

Trató de medir sus pasos cuando llegó al orfanato; que se viera alegre, pero no ansioso. Las enfermeras balbuceaban algún protocolo de despedida y no paraban de besar al bebé, besaban su cabecita empedrada como si fuese el durazno más hermoso y perfumado que hubieran visto en sus vidas. El doctor zafó de las alharacas y pudo llegar, con mucho esfuerzo, a su auto. Ya no tenía encima las miradas atentas de las enfermeras, sobre todo la de la enfermera que lo había reprochado por tratar al espécimen como a un perro. Ahora que estaba solo haría la primera prueba: dejó caer al bebé en el piso del auto como un trapo viejo, y el niño no profirió el menor quejido. Hizo un segundo intento, miró a los costados antes de hacerlo, y otra vez lo dejó caer y la cabecita del niño rebotó como una piedra en el asfalto, sin que llorara o cambiara su expresión.

Era la primera de tantas pruebas que confirmarían su hipótesis: que las proporciones del cráneo determinaban la conducta de un individuo. Se relamía al pensar en los galardones, las conferencias por las cuales cobraría sumas siderales y no atendió ningún semáforo en rojo en todo el camino a su casa.

Ya en su estudio, puso al bebé en la misma mesa en donde alguna vez seccionó ranas, y por fin le dio uso al craneómetro. La cabeza del niño se asemejaba a una calabaza machucada; según la teoría,

este niño era un enajenado mental, solo era cuestión de tiempo para que saliera a las calles a perpetrar cuantos delitos y crímenes citara el Código Penal.

Por lo anterior, era más que evidente que el niño no tenía emociones, y lo más probable era que fuese incapaz de sentir dolor. En pos del avance científico se podían llevar a cabo cualquier tipo de actividades, hasta las que eran consideradas crueles o ruines según la moral empolvada de la sociedad hipócrita. Agarró un bisturí, haría un corte pequeñito en la punta de la nariz, para ver si el bebé reaccionaba.

—¿Qué pensás que hacés? —preguntó alguien. La voz venía desde un lugar indeterminado. El amplio estudio con su techo altísimo podía convertir cualquier brisa en susurros—. Lo de antes lo dejé pasar porque pensé que eras torpe.

El doctor Mendoza vio cómo el bebé modulaba cada palabra con la facilidad de un orador.

«Es el estrés acumulado», pensó. En todo caso, sería ínfimamente verosímil si el niño tuviese una cabeza con proporciones áureas, pero la deformidad del cráneo indicaba que debía ser un estúpido, el más retrasado entre todos los sapiens que alguna vez hayan existido.

El doctor decidió hacer otra prueba, trajo bloques de colores para que el niño los ordenara como creyera más conveniente, o los desordenara sin ánimos.

—Soy un recién nacido, pedazo de estúpido—dijo el niño—. ¿Cómo pretendés que agarre los bloques?

El doctor Mendoza anotó en su libreta que el bebé era incapaz de hacer clasificaciones básicas. Era un punto que reafirmaba su hipótesis. Ahora tenía que solucionar la verborrea del niño: hablar no era sinónimo de inteligencia si uno profería puras insensateces. Necesitaría un pequeño bisturí y un par de gasas para cortar de una vez por todas sus cuerdas vocales. Preparó la anestesia, más bien para evitar escuchar los alaridos que pudieran salir de esas dos bolsitas que eran los pulmones. Preparó la dosis, un tanto desproporcionada, y sonó el timbre; por la cámara de la entrada se podía ver a la enfermera antipática que lo había atendido, era un *deus ex machina* de muy mal gusto.

—Durante el primer mes pueden hacer visitas de inspección cuando quieran —dijo el bebé.

—Eso es totalmente arbitrario.

—Estaba en los papeles que firmaste, idiota —le respondió el bebé.

«Saber leer tampoco era un atributo si es que las normas eran malinterpretadas en detrimento de los menos favorecidos», pensó el doctor. Lo anotaría en su libreta después de atender a la arpía.

—Vengo a ver al pequeño —dijo la enfermera.

—Pase usted —respondió el doctor, pero no se apartó ni un ápice y la enfermera tuvo que escurrirse para pasar.

Los pasos de la enfermera resonaron en el gran estudio. El bebé

seguía acostado en la mesa de disecciones, sin moverse, como una presa que cree que estando quieta no la descubrirán.

—Mi pobre niño —exclamó la enfermera—. Tenerlo en esta mesa roñosa ¿a quién se le ocurre?

—Le iba a cambiar el pañal —respondió el doctor.

—Pero si está limpio. Desde el primer momento en que le vi me pareció raro: su forma de andar, la manera en la que miraba a cada niño como si fuesen insectos. Voy a reportar esto ahora mismo a la directora —dijo la enfermera.

La enfermera se alejó para hacer la llamada y así evitar que el doctor la oyera, pero no sacó la vista del bebé.

—No pienso volver a ese orfanato con olor a naftalina —dijo el bebé—. Antes prefiero que me peguen un tiro en cada pierna.

—Tendré que buscar en otro lugar o desistir de la investigación —dijo el doctor—. Justo cuando pensé que ya estaba cerca de la gloria.

—De desistir, nada —exclamó el bebé—. Es preferible eliminarle antes que volver a nuestras asquerosas vidas.

Al doctor Mendoza se le prendió la lamparita: la pondría en el estado del gato de Schrödinger, porque le daba un poco de pena eliminarla completamente. Se acercó con sigilo a la enfermera, ella seguía gritando por el teléfono, solo tuvo que poner un paño empapado con cloroformo, forcejeó un rato, pero luego se soltó como un hilo de

telaraña. Vació la caja donde guardaba sus utensilios de trepanación y la colocó adentro como a una tela arrugada.

—Viejo… —dijo el bebé—. No sé qué te proponés, pero cuando dije «eliminar» era en sentido figurativo, que la sacaras del camino persuadiéndola, que hablaras con la directora del orfanato o algo así.

—Tranquilo. Mientras le dejemos adentro va a estar viva y muerta a la vez. Así funciona la ciencia.

—Eso no tiene el más mínimo sentido —replicó el bebé.

Después de unos minutos se escucharon los forcejeos de la enfermera. Sus gritos se oían como si lo hiciera debajo del agua, el oxígeno en la caja se estaba agotando a un ritmo estrepitoso.

—Matale de una vez por todas —dijo el bebé.

—Ya te expliqué que está muerta y viva a la vez. Si permanece en ese estado intermedio no me pueden acusar de nada. Si abro la caja dejo de ser inocente —le contestó el doctor.

Ya no se oían los gritos sofocados, la enfermera siguió rasguñando la madera hasta agotarse.

—Listo. Ya está. Por fin entendió su condición ambivalente —dijo el doctor, y fue a la cocina a prepararse un café.

Un escalofrío tensó la espalda del bebé. Hubiese preferido que el doctor fuera malvado, a que tuviera una estupidez impredecible.

Recorrió la pared con la vista, cientos de certificados tapaban la pintura. Supuso que lo académico servía más que nada para camuflar las deficiencias cognitivas de gente como el doctor. Seguro que el mundo estaba repleto de esos simios con navajas. Aún no estaba listo para defenderse de la irracionalidad que imperaba, estaría atrapado por años hasta que pudiera dominar sus movimientos y tuviera la fuerza suficiente.

El doctor volvió de la cocina con una taza de café hirviendo y la apoyó a pocos centímetros del muslo del bebé.

—Si resulta que en realidad sos inteligente, aunque aún no me queda claro, voy a tener que tirarte a la basura y buscar otro espécimen. No es personal, es que tengo que terminar mi investigación —dijo el doctor, con un dejo de amabilidad.

El bebé no respondió, no habló. Babeó y se retorció como lo haría un estúpido, alguien condicionado por la morfología de su cráneo. Adoptaría el papel hasta que llegara su momento de poder escapar.

—¡Bien, bien, bien! —gritó el doctor Mendoza. ¡Ahora sí que nos entendemos! —exclamó.

Corrió a buscar su cuaderno de anotaciones. Ya podía palpar los premios que recibiría su investigación y cómo el reconocimiento de la comunidad científica colmaría sus días de felicidad.

El Rey del fuego

Tórridas aves de marfil anunciaron el eco de la llama. El Rey del Fuego llenó el cuenco de cristal con el lamento de miles de enemigos y se tomó todo de un solo sorbo, pero no le supo a victoria. Tenía el llanto arraigado en el delirio, como una espina enterrada en la pupila. Tuvieron que pasar milenios para estar en donde siempre había querido: el trono en la rama más alta del árbol primigenio; y, cuando por fin se apoltronó, su cuerpo le pareció hojarasca crepitante, vaho ávido de sinsentido.

«Si tuviera que volver a pisotear los millones de cráneos uno por uno, hasta hacerlos polvo, lo volvería a hacer», pensó.

Ante la falta de adversarios, y ya nada por lograr, se entretuvo sacando la sangre seca de las suelas de sus zapatos con el pico de un pájaro. Miró a los costados, por más de que ya no había nadie para espiarlo, y se hurgó la nariz para sacarse cuanta inmundicia encontrara en sus fosas. Puso a prueba sus habilidades como alfarero y dio forma a un ser que se le asemejara en terquedad; le salió un poco chueco, con una pierna más larga y los brazos colgando por debajo de la cintura, la espalda con potencial de dromedario y una frente en la que no se podría dibujar ni la más fina línea; y lo lanzó en un valle fértil de centellas, donde su desayuno serían piedras calizas y su merienda el viento astillado.

El ser desamparado se sacó las telas de los ojos y la luz grisácea le acribilló. Pasaron decenios hasta que pudo entender la diferencia entre el ayer y el hoy, las imágenes que almacenaba en la caja que estaba detrás de sus ojos no eran láminas superpuestas, era el cúmulo de acciones que cometió para sobrevivir entre los surcos del valle. El

instinto fulgurante estiraba sus músculos, pero una chispa de raciocinio brillaba tímidamente.

Al Rey del Fuego le aburrió que su creación deambulara solo en el valle, así que puso espejos en diferentes puntos e hizo que las luces que formaban figuras se multiplicaran y entreveraran, como larvas hambrientas sobre un pedazo de carne podrida. El ser desamparado, que había decidido llamarse Ub-Hubb (porque era el único sonido que podía articular), se vio rodeado de otros seres que pisaban más fuerte que él, como si esa tierra fuera de ellos y no suya.

Ub-Hubb se molestó. Ese valle era suyo, se había arrastrado durante demasiado tiempo por esa tierra arcillosa como para que esos seres quisieran instaurar un derecho de propiedad. Bamboleó los brazos como si fuesen lianas empapadas en barro y asestó un golpe a cada uno. Las figuras desaparecieron por una milésima de segundo y volvieron a aparecer con una sonrisa burlona: el golpe no les había hecho ni cosquillas.

La bola amarilla que estaba en el cielo se derritió entre las siluetas de las montañas que cercaban el valle y las tinieblas consumieron a las figuras. Solo quedó la piedra blanca en el firmamento, de la cual caían gotas de almíbar que se regodeaban en la superficie de los charcos. Ub-Hubb miró su reflejo, miró tan profundo en el reflejo de sus ojos que sintió caer a un vacío espeso que lo engullía. Se acostó boca arriba y escuchó el soliloquio de estrellas. Alguno de esos murmullos contenía una maldición, una condena verbal a un tal Rey del Fuego.

Desde la cima del árbol primigenio, el Rey del Fuego estiró el brazo y puso al lado de Ub-Hubb un hacha adornada con los huesos

de sus víctimas. Quería que su creación adoptara un talante fiero, que llegado el momento se convirtiera en el rival más digno. Padre y adefesio chocando armas, hasta que las perlas del tiempo se desperdigaran y se perdieran.

Ub-Hubb se puso en marcha. Con el hacha roma golpeó los cristales de los que se desprendían las figuras que en días anteriores lo acosaron; la mayoría se deshizo como los rayos de sol que pasan entre las ramas de un árbol, y los que se materializaron a medias quedaron apiltrafados en el suelo. La piel de esos seres, en un estado intermedio entre el sólido y el gaseoso, le sirvió a Ub-Hubb para hacerse unas botas y un chaleco. Si acercaba el oído a ese cuero improvisado, podía oír los quejidos lejanos de las almas hacinadas en el limbo; si pisaba algún guijarro puntiagudo se escuchaban los gritos de gente que, en otro plano, se sumergían en ácido.

Empezó su ascenso por el árbol primigenio. Las raíces salientes se entretejían como lombrices que él utilizaba para escalar. Valoró las ganas que tenía de saber lo que habitaba en la copa del árbol, y se dio cuenta de que eran casi nulas; sin embargo, un pie seguía al otro al subir por el tronco inclinado, como si una voluntad externa estirara sus tendones para seguir. No tenía una piedra gigante que empujar, pero el peso de su existencia era suficiente.

En un tramo en donde la corteza del árbol se pudría, habitaban espíritus que parecían termitas royendo la madera. Ub-Hubb se acercó a ellos sin saber qué esperar; lo rodearon y lo olfatearon, tocaron su ropa y el calor que salía de su hacha los hizo retroceder.

—Es el hijo del Rey —dijo uno de los espíritus.

—El hijo del Rey no puede ser tan feo ni tan deforme —dijo otro.

Al decir esto, el hacha se encendió y absorbió al espíritu hereje, ahora ya no existiría ni siquiera entre la podredumbre del árbol, todo el sufrimiento que acumuló en su vida dio filo a la hoja. Ub-Hubb quiso soltar el arma, pero la piel se le fundió con el mango, y como si un hilo transparente caído del cielo estirara su brazo, revoloteó el hacha para decapitar a todos los que venían a su encuentro. Era una marioneta con la quijada rota, un cascanueces inservible. El aire entraba a sus pulmones contra su voluntad, su sangre corría sin que él la pudiera detener. Se preguntó si el Rey del Fuego estaba tan aburrido como él, si en verdad era su padre, si era una forma desesperada de obtener compañía o si había algún propósito en todas las acciones realizadas. La vida le parecía una cáscara de huevo vacía.

Las hojas del árbol, gigantes como buques de guerra, ya no eran verdes a cierta altura. El tronco tenía surcos que escupían fuego; la savia del árbol era un gran río de lava; no era más que un carbón encendido. Ub-Hubb miró hacia abajo, el mundo del cual se aferraban las raíces le parecía una mota de polvo levitando en un cuarto excesivamente grande. Si el árbol no tuviese su propia gravedad, él se desprendería y flotaría en el vacío hasta que, en algún punto de la eternidad, le tocara dar con otro planeta.

Las aves de marfil copaban todas las ramas más altas. Estaba cerca. El aire era tan espeso que por momentos sentía que se acumulaba entre sus dedos y sus uñas, como mugre. Las aves se acercaron para mirarlo de cerca: habían sido avisadas de la llegada del heredero. Si bien las Moiras no tenían cabida en esta realidad y los hilos del des-

tino no eran más que una entelequia, las circunstancias arrinconaron su voluntad hasta llevarlo a donde ahora estaba.

El Rey del Fuego se levantó de su trono desafiando la gravedad; cada paso suyo era como una sentencia inapelable. Una descarga eléctrica recorrió la espalda de Ub-Hubb y supo que no le quedaba de otra que levantar el hacha. No eran padre e hijo al final de cuentas, el Rey lo veía como un pedazo de carne que uno se saca de entre las muelas y Ub-Hubb solo veía una excusa para morir de una vez por todas. Blandieron sus armas y el aire se cortó en varias rodajas; los movimientos del Rey eran como una bella danza al sol, la técnica pulida a lo largo de los milenios hacía que sus golpes parecieran ligeros. En varias ocasiones tuvo oportunidad de despedazar a Ub-Hubb, tal vez por soberbia dejaba pasar esas aberturas que su oponente dejaba torpemente o por querer alargar una batalla que, tomada en serio, solo duraría un par de segundos. La desigualdad era evidente y pese a todas las oportunidades que el Rey dejó pasar, su contrincante parecía desfallecer en cada golpe; debía terminar con ese bochorno lo antes posible.

El Rey fingió tropezar y cayó de lleno, tiró su arma lejos, evitando así que se esperase que en algún momento se levantara. Ub-Hubb golpeó el pecho del Rey con las fuerzas que le quedaban, pero solo logró cortarle un poco la piel. El Rey miró a los costados y, con disimulo, alargó uno de sus dedos y presionó el hacha hasta que rebanó su corazón. Entre risas escupió la sangre que se le atragantaba y se despidió con sorna.

Ub-Hubb pasó sobre el cuerpo inerte y se sentó en el trono porque pensó que era lo lógico, no porque realmente lo quisiera. Cuan-

do terminó de apoltronarse y las aves de marfil le pusieron la corona, sintió que en su pecho se desmoronaba un iceberg.

El Rey del Fuego había vencido a la vida y dejó en su lugar a un pobre idiota.

PERCEPCIÓN

Juan guardaba un gran balde de ácido debajo del fregadero, por las dudas. Ya no le dejaban el diario frente a la puerta, ni las facturas sobre la alfombra de «Bienvenido» con las letras borroneadas, todo le llegaba al celular. El timbre que se había desgastado por tantos toques, ahora se regeneraba gracias al desuso. Podría haber desconectado el timbre, mandar sacarlo de una, pero no veía por qué hacerlo si eran los demás los que no tenían que venir a molestarlo. Que lo dejasen ahí nomás, encerrado en su tranquilidad.

Ni al trabajo iba ya. Le llegaban las notificaciones de pendientes al correo y en su calendario podía ver en qué fecha debía entregar tal o cuál informe sin que nadie se le acercase para apurarlo. Estaba bien eso, estaba bien. Hasta los baches de la calle se fueron rellenando solitos porque no había ningún neumático que pasara sobre ellos para ensanchar sus llagas de alquitrán. Si uno necesitaba comprar algo lo imprimía en 3D y no hacía falta que un muchacho con quepis se presentara frente a su puerta para que firmara un recibido. Pero de todas formas tenía el balde de ácido.

Juan imprimió una costeleta de cerdo con ensalada de papas, podía comer lo que quisiera sin preocuparse por engordar porque fuese la comida que fuese, siempre tenía los nutrientes que necesitaba en su día a día. A veces se preguntaba cuál era la materia prima para cocinar cada plato, pero enseguida apartaba de sí esos pensamientos intrusivos.

Sonó la alarma. Era hora de escribirle a su novia. Si le daban muchas ganas de verla de frente hacía una llamada holográfica y la abrazaba, le pasaba los dedos entre los cabellos y el champú le taponaba

las fosas. Por más que viviera solo, llaveaba la puerta de su habitación cuando entraba con su novia, no sin antes llevar consigo el balde de ácido, por las dudas. Su novia nunca cortaba la llamada primero, se quedaba acostada al lado de Juan hasta que él le decía amablemente que tenía trabajo, ella le daba un beso en la mejilla y, si bien ponía cara triste, nunca se quejaba: el holograma se deshacía en filamentos luminiscentes que se apagaban tras un par de segundos.

«Amo esta vida», pensó Juan. Cerró los ojos por un rato, hasta que oyó sonar el timbre. Saltó de la cama impulsado por la amenaza del mundo pasado. ¿Quién se atrevía a contactarlo en persona? Corrió con el balde en su mano y en tres grandes pasos llegó a la puerta principal. Al otro lado no había nadie. El pasto recién cortado del jardín delantero no mostraba rastro de pisadas, su verde oscuro —igual al de un marcador permanente— estaba intacto.

—¡Mostrate, infeliz! —gritó Juan, y se dio cuenta de que estaba fuera de su casa, con el viento pegándole en la cara y con los pies descalzos.

Las luces se prendieron tras las ventanas de sus vecinos. Había cometido un error casi imperdonable. Nadie salió a decirle nada, hubiese sido una reacción improcedente, pero las cámaras de seguridad de todos los pórticos apuntaron a él.

—Pensé que alguien tocó mi timbre. Es decir, alguien efectivamente tocó mi timbre y huyó. O eso creo —dijo Juan, dirigiéndose a todas las cámaras de seguridad.

La sangre se le fue a la cara y se le puso caliente, la vergüenza por la estupidez que había cometido le chorreaba como cera derretida.

Escribió en el grupo de vecinos para pedir disculpas y una gran mayoría reaccionó a su mensaje con un pulgar arriba. Revisó sus propias cámaras de seguridad y no habían captado a nadie tocando su timbre; cabía la posibilidad de que hubiera sido alguien muy enano que escapara del alcance de las cámaras. Volvió a escribir en el grupo para preguntar si habían visto a un extraño pisar su jardín delantero, y la gran mayoría reaccionó a su mensaje con un pulgar abajo. Cuando estaba a punto de insistir con la pregunta, el administrador envió un emoji que se tapaba los labios con el dedo índice, dando por terminado el asunto. Juan borró su mensaje escrito a medias y volvió a sentir vergüenza.

¿Qué caras tendrían sus vecinos? ¿Narices largas o gruesas?, ¿cejas pobladas o finas? A veces se olvidaba de qué estaba compuesto un rostro humano hasta que se llevaba las manos a la cara y tocaba su propia piel, tibia y oleosa. Se preguntó si la piel de su novia sería aún más suave, si bien el holograma replicaba el tacto, a él le quedaba la duda. La llamó de vuelta, todavía faltaban dos horas para que sonara la alarma, pero tenía la necesidad ineludible de verla. Tardó cinco segundos más de lo habitual en contestar y a Juan le entraron ganas de estamparle la cabeza contra la pared. Cuando la vio se esfumó todo atisbo de ira.

—Alguien tocó el timbre después de que te fuiste.

—¿Timbre? ¿Por qué seguís teniendo un timbre, Juan? Que ridículo.

—Puedo tener lo que quiera, ¿o no? Estoy seguro de que la gente ha de tener cualquier cantidad de excentricidades en sus casas, y no veo que esté mal.

—Sí, pero si le querés ver a alguien le llamás y se presenta en holograma y ya está. Das pie a qué te molesten con ese aparato en tu puerta.

—Sí, puede ser —dijo Juan, y se encorvó como si una roca gigantesca estuviera en su nuca—. ¿No tenías el pelo negro el otro día?

—Vos me lo cambiaste.

—¿Qué color de pelo tenías antes de ese?

—Antes del negro, rubio; y antes del rubio, pelirrojo; y antes del pelirrojo...

Juan le había cambiado el pelo y otros rasgos con la aplicación de llamada holográfica, lo había hecho tantas veces que ya no recordaba cuál era el aspecto original de su novia.

—¿Qué color de pelo tengo yo para vos? —preguntó Juan.

Después de que su novia le respondiera, encendió su cámara frontal para ver de qué color era realmente su pelo, la cámara tenía incorporados tantos filtros que desistió, y apretó la pantalla con tanta fuerza que casi se le quebró el vidrio. Cortó sin despedirse, pero cortó solo la conciencia de su novia, ella estaría extrañada en su casa, pensando en que la mala señal era el problema, aunque si realmente le preocupaba lo llamaría de vuelta. No lo hizo. En la cama quedó

el holograma de su cuerpo, una figura esbelta, de una simetría tan ridícula que le resultó patética. Él había creado ese cuerpo basándose en sus caprichos, en una concepción de proporción áurea, esferas y líneas que se apelotonaban comedidamente para formar un cuerpo. Ni siquiera recordaba si así se veía el cuerpo de una mujer.

El timbre sonó otra vez. Juan se mordió los labios y se tronó los dedos para sofocar las ganas de salir disparado a ver quién estaba frente a su puerta. En la cámara de seguridad no se veía nada. El bromista estaría escondido entre los arbustos, tapándose la boca para que no le escucharan reír. Al otro lado se encontraba lo aparente del mundo y la indeterminada sanción si es que decidía cruzar su propia puerta hacia su propio jardín delantero. Salió, y la luz natural le cegó por un momento, el olor del pasto y la tierra mojada se enredó entre los pelitos de sus fosas y provocó que el cerebro le hormiguease. No había pasado nada, ningún rayo le cayó del cielo por su atrevimiento.

Fue más allá, pisó el asfalto caliente y el dolor en las plantas de los pies hizo que un ramalazo de adrenalina fuera desde su nuca hasta sus tobillos. Debía ver más, sentir más, que los estímulos fueran directos y no imitaciones, reminiscencias de lo que todo este tiempo estuvo a su alcance.

Una pulsión atávica lo embargó y corrió sobre el asfalto caliente hacia la casa de su novia. Nunca había ido, pero sabía en dónde era por haber revisado tantas veces su dirección IP. Después de varias cuadras andadas, notó que estaba unos gramos más liviano; palpó sus bolsillos y comprobó que se había olvidado el celular en la casa. Sin notificaciones, sin la necesidad de prender la cámara para verse a tra-

vés de tantos filtros, sin la radiación del aparato achicharrándole las gónadas, se sintió aún más liviano y hasta la ropa le quedaba holgada, una transformación evidente se gestaba desde el tallo de su cerebro y se desparramaba por todo su entramado nervioso.

Cuando llegó tuvo miedo de entrar, buscó el timbre, pero recordó que él era el único idiota que conservaba esa reliquia. La puerta no tenía seguro, no tenía picaporte, solo tuvo que empujarla para que cediera y adentro todo tenía las mismas proporciones y colores que su casa, una copia idéntica, salvo que la sala de su novia estaba repleta de cuadros con fotos suyas por la pared: Juan se reconoció en cada imagen, pero solo por los ojos, en todas tenía la piel o el peinado diferentes, sin mencionar que en algunas se veía excesivamente musculoso y él no recordaba haber alzado pesas en su vida.

Buscó la habitación en donde su novia estaría acostada, alzando fotos a sus diferentes cuentas, con diferentes nombres y personalidades, podía ser lo que ella quisiera si apretaba el botón correcto.

—¿Hola? —dijo Juan.

No la llamó por su nombre porque pensó que sería demasiado atrevimiento. Al fondo del pasillo una luz titilaba con diferentes colores, los focos ya no iluminaban el fondo, lo profundo del pasillo se estrechaba tanto que tuvo que caminar de costado para poder avanzar. Se paró al lado de la lucecita titilante que se encontraba en el piso; una ramita gelatinosa, similar a un dedo, se acercaba a la luz y la deslizaba y deslizaba a la derecha. Con los dedos del pie tocó el bulto, se sentía como una verruga grande y peluda que palpitaba y jadeaba

por algún orificio que le servía de boca. Juan no encontró a su novia y abandonó la casa.

—¡Diiing DOOOONG! —le gritó alguien al otro lado de la cuadra.

Juan lo vio por fin; el otro se burló y lloró de la risa y sin darle tiempo a Juan, corrió desaforadamente por las calles vacías, pero con los lentes de las cámaras de seguridad de cada casa siguiéndole. Corría tan rápido que Juan solo veía su silueta cuando doblaba en una esquina, y si bien se alejaba cada vez más, la risa burlona le sonaba fuerte y clara en el oído. Lo alcanzó en su propia cuadra, el otro lo esperaba con una sonrisa frente a la puerta de su casa, tocó el timbre tan fuerte que lo destartaló y entró dando un portazo que movió las paredes.

Al entrar, Juan supo que sería inútil buscarlo dentro de su casa; había desaparecido al momento de cruzar la puerta. El celular repiqueteaba en la mesa de la cocina, las notificaciones caían como granizos y afuera las cámaras de seguridad se desprendieron de sus soportes para reptar, sin prisa, hasta donde él se encontraba.

Encendió su impresora 3D y configuró un espejo grande, en el que pudiera ver su verdadera forma o en el que pudiera sumergirse. Canceló la impresión a tiempo. Miró el balde de ácido debajo del fregadero y supo que por fin le sería útil.

SEMBRADÍO DE RAYOS

El tiempo de la cosecha estaba próximo. Eulalia recorrió el sembradío y comprobó que los rayos que salían de la tierra, parecidos a varillas de bronce, eran finos y quebradizos. Agarró un tallo con sus guantes de goma y se le quebró al primer contacto; la electricidad se deshizo al igual que las esporas de un diente de león. La cosecha de este año no sería buena y no sabía qué hacer para solucionarlo.

—¡Fuera! ¡Fuera de mi propiedad, asquerosos! —gritó Eulalia.

Los niños entraban constantemente a su terreno. Pisaban los retoños de rayos y el pelo se les ponía de puntas por la estática. Que Eulalia los persiguiera tirándole brotes pequeños por las espaldas hacía que la travesura fuera mucho más divertida. En el peor de los casos, caían y convulsionaban un rato y luego se levantaban y reían aún más fuerte. Competían por ver a quién se le paraba más el pelo o quién aguantaba más las convulsiones. Mientras se revolcaban en la tierra y rompían los brotes, Eulalia fue al silo a buscar un buen rayo de lo que quedó de la última cosecha, lo agarró firme con sus guantes de goma y fue hasta donde los niños.

—Última advertencia, renacuajos de porquería —profirió Eulalia—. O salen de mi propiedad o les rostizo en un segundo.

Los niños lo tomaron como una broma más y corrieron en círculos, excitados por ver a quién le tocaría el gran rayo. Eulalia se remangó la falda para poder moverse con libertad y tomar impulso, se arqueó y lanzó el rayo con tanta fuerza que le tronó la espalda y creyó haberse lastimado un nervio. El dolor la cegó y se puso en cuclillas; el olor de un pollo al espiedo le vino desde muy cerca, era el cuerpo

rostizado del niño al que había acertado: tenía la piel negra y la carne que había quedado expuesta soltaba un humo dulzón. El nene todavía respiraba y cada inhalación era una tortura.

—El que avisa no traiciona —dijo Eulalia.

Fue a traer la azada y, antes de mover la tierra, hizo un tajo grande en el cuello del moribundo para que parara de sufrir. Cavó el agujero para enterrar el cuerpo del nene y todo lo hizo mientras los demás niños la miraban calladitos, sollozaban muy despacio, como si el menor ruido o movimiento alertara a Eulalia y les tocara el turno de recibir un rayo igual o más grande. Pero Eulalia nunca dejaba un trabajo a medias, el carácter de una buena granjera es afrontar el día desde que sale el sol hasta que se esconde y trabajar como si fuese que alguien te esté apuntando con una pistola en la sien, parar solo para tomar agua o ir al baño. Fue así que no paró hasta enterrar a todos los niños y recién ahí volvió a su casa.

Se sentó en la cocina a fumar mientras miraba su campo a través de la ventana. Le gustaba que el humo la asfixiara hasta provocarle mareos, no lo soltaba hasta un poco antes de sentir que ya no podía sostenerse. En algún momento de su vida pensó que llegaría el día en el que pudiese delegar todas las tareas de la granja, pensó que en algún punto tendría cientos de peones trabajando para ella. Pese a que se había administrado bien desde el inicio y se había privado de comprarse cosas suntuosas o vestidos que la hiciesen sentir más mujer, las empresas que le compraban los rayos para abastecerse de electricidad pagaban el mínimo, la competencia era demasiado grande, y a Eulalia solo le daba para costear los gastos básicos y mantener

la granja. De todas formas, ya había pasado el tiempo para conseguir marido, prefería empañar los espejos para no verse tal como era, con las arrugas hechas por el sol y las manos llenas de callos, que ya no la acompañaban cuando su mente se entretenía en ficciones en donde la sostenían y ella se retorcía, pero no para que la soltaran.

Se durmió ahí mismo, con la frente apoyada de lleno en la fría mesa y con la nariz achatada, con exhalaciones como bufidos y los dientes que claqueteaban, mientras en su sueño le caía una montaña de vestidos de seda y cintarazos de cuero desgastado hacían que le temblaran las rodillas. La luz que entró por la ventana le despegó los párpados. La realidad del nuevo día le cayó como una plancha de hierro por el pie, pero no era una novedad.

No tenía ganas de bañarse para salir y ver el campo yermo. Su única posibilidad para seguir subsistiendo era ir hasta la otra granja que se encontraba a unos pocos kilómetros y ofrecerse para trabajar como sirvienta; más que nunca valoró la opción de hacer un buen nudo con su cuerda de cáñamo y oscilar como un péndulo en mitad de su sala.

Al abrir la puerta principal tuvo que taparse los ojos con el brazo, fue en busca de sus lentes, parecidos a gafas de soldar. Los rayos colmaban el campo, grandes y gruesos como tacuaras, sobre todo en el lugar en donde había enterrado los cuerpos. No sabía si estaba soñando o, por primera vez en su vida, la suerte le había sonreído; de todas formas, se puso los guantes de goma y arrancó los rayos de la tierra para hacinarlos en el silo.

Llamó a un especialista para medir la calidad de la cosecha y que, al mismo tiempo, le sirviese como pinchazo para saber si era o no un sueño.

—Pensé que le puso aditivos a la cosecha, pero en el análisis se ve que el proceso no se alteró en lo absoluto. Por lo visto el suelo que tiene en su propiedad es de una fertilidad altísima. La felicito, señora Eulalia —dijo el especialista.

—Bien, bien —dijo Eulalia, mientras se frotaba los callos de las manos—. ¿Qué potencia tiene cada rayo? Para saber a cuánto venderlos.

—Un rayo de estos proveería de electricidad a una fábrica entera por aproximadamente un año y medio. Tiene una fortuna entre sus manos —le dijo el especialista.

Eulalia le agradeció entre tartamudeos mientras seguía frotándose los callos y se rascaba la pantorrilla con el pie. El especialista le pasó la mano para despedirse, pero ella pensó que, dada la ocasión, era mejor despedirse con dos besos y se detuvo un poco en el segundo, mojándole la mejilla con sus labios excesivamente húmedos. El especialista se fue azorado y Eulalia estrujó los dobleces de su falda.

Llamó a todas las fábricas y empresas que tenía en su lista. Vendió los rayos tan rápido que ya no le dio tiempo de ordenar los billetes, los arrugó como pudo y los guardó en bolsas. Tanto tiempo arando la tierra, midiendo la cantidad de agua para cada metro cuadrado y resultaba que los niños eran el mejor abono para conseguir una buena cosecha.

Lo primero que hizo con su dinero fue colocarse dientes de porcelana, se limó los callos con una amoladora y mandó podar sus bigotes; las cosas cambiaban al tener los bolsillos llenos. Con cien peones a su cargo ya no tendría que tocar una maldita azada o rastrillo en lo que le quedara de vida, y seguro que los caballeros del pueblo ya no cruzarían la calle al ver que ella caminaba hacia ellos. Lo único que no podía delegar, por obvias razones, era conseguir el abono. Los niños se tendrían que poder comprar como cualquier otra cosa, para no tener que cazarlos como una cavernícola; así como uno solo compraba la carne del mercado sin tener que salir a lanzar flechas.

Los primeros en visitarla, después de obtener su fortuna, fueron los funcionarios de Hacienda: Eulalia ignoraba todos los tributos que debía después de haber vendido tanto, pero no tuvo problema de pagar, en efectivo y al momento, todo lo adeudado. Despidió a los funcionarios no sin antes dejarles de propina todas las ganas contenidas en décadas y los dos hombres se fueron tambaleando hasta su auto. El próximo en visitarla fue el comisario, Eulalia ya sospechaba a qué venía, sabía que con él no le servirían de nada sus nuevas habilidades femeninas.

—Buenos días, señora Eulalia —dijo el comisario—. Veo que el negocio va viento en popa.

—Sí, así es —respondió Eulalia—. A veces la vida es buena.

—Demasiado, tal vez —comentó el comisario—. Cuando pasé por acá hace unos cuantos meses se veía el campo yermo. Tanto que pensé que tendríamos que darle algún trabajo de limpiadora en la comisaría. ¿Alteró el proceso, señora Eulalia?

—Tengo el certificado y todo está en orden, maricón de mierda —respondió Eulalia—. Además, usted no es quién para atender esas cuestiones.

—Cierto, cierto. Era simple curiosidad. Vengo acá por los niños perdidos, usted misma se quejó varias veces de que entraban a su propiedad y resulta que ahora, los mismos niños, están desaparecidos—dijo el comisario.

—Culpa mía por haberme quejado, los hubiese matado así me dejaban en paz —dijo Eulalia.

Al comisario se le pararon los pelos de la nuca. La seguridad con la que había entrado mermó de golpe, se puso los lentes que Eulalia le entregó para poder recorrer el campo. No era mucho el espacio que había para caminar entre los rayos, sentía que caminaba sobre una maroma que estaba a punto de deshilacharse. Cuando se agachó para buscar alguna prenda, alguna media o gorro de uno los niños perdidos, Eulalia arrancó un rayo de la tierra y sus músculos vibraron, listos para ensartarle la lanza justo en medio de la raya que asomaba por encima del pantalón del Comisario. Se detuvo a tiempo y el comisario se levantó como si tuviera bisagras oxidadas en las rodillas. Ella lo acompañó hasta su vehículo para que no se perdiera entre tanta luminosidad, pisándole los talones con cada paso, era muy fácil tropezar y electrificarse hasta desaparecer.

En las dos semanas siguientes, el comisario movió cielo y tierra para encontrar a los niños, pero no recibió ningún apoyo por parte del departamento de investigaciones. Su jefe trataba de disimular los

fajos de billetes que asomaban por las mangas y el cuello de su camisa, mientras le decía que había otros casos más importantes y que dejara de perder tiempo con unos niños que seguramente estaban muertos. Ni los familiares de los desaparecidos insistieron en la búsqueda, estaban distraídos con sus autos nuevos y todos los electrodomésticos que habían recibido de la nada, como si el universo los hubiera compensado por perder a unos hijos que al final de cuentas no servían de mucho.

Eulalia se manejó así con su fortuna: a quien opinaba diferente le llenaba el hocico con dinero, para despojarle así de su voz y de su dignidad, y si eso no era suficiente tenía silos repletos de los cuales sacar municiones; ya no le temblaba la mano, ni por nerviosismo ni por euforia, hubo un momento en el que incluso disfrutó de conseguir su abono cazando furtivamente en las noches, pero si bien era divertido no era nada eficaz. Después de hacer cálculos y analizar cuál sería la percepción de sus vecinos, llegó a la conclusión que era obvia y hasta se sintió estúpida: tenía que abrir un orfanato.

Construyó el orfanato demasiado cerca del campo de rayos, pero nadie le objetó nada. Todos asistieron gustosos a la inauguración, como si fuera la apertura de un gran centro comercial. El lugar estaba tan iluminado que parecía de día, un día que no sería opacado nunca más por la luna. El vino y la cerveza corrían como si saliesen de nubes gigantescas que Eulalia misma se encargaba de estrujar. Los huérfanos eran los encargados de servir en aquella velada; si la anfitriona veía que el vaso de alguno de sus invitados ya estaba vacío y las gotitas formadas por la condensación caían como si jugaran una

carrera, Eulalia se acercaba al huérfano que estuviera más próximo y le daba una estruendosa nalgada. Todos aplaudieron festejando el gran mando de la anfitriona, festejaron la primera vez y la segunda, y cuantas veces se repitió la situación en lo que duró la velada. Algunos apuraban sus vasos para provocar el momento y se volvieron partícipes de todo lo que se escondía a simple vista.

Un gordo andrajoso forcejeaba con los guardias en la entrada, aparte del sudor rancio que expedía su piel gomosa, un olor parecido al de un perro atropellado en la carretera colmó las narices de todos los invitados. Dos disparos sonaron y el gordo avanzó sin que nadie se interpusiera.

—Era más que obvio que eras vos —dijo el gordo, que resultó ser el comisario—. Y eso que nunca se me dieron bien las investigaciones.

Soltó un cúmulo de huesos que parecían haber estado en medio de carbones al rojo vivo por demasiado tiempo. Las raíces de los rayos habían chupado hasta el último nutriente de esos cuerpos que ahora eran menos que despojos. Eulalia agarró un hueso y se deshizo entre sus manos, se volvió a agachar y sostuvo lo que parecía ser un fémur. Lo alzó para que todos lo pudieran ver.

—Si se fijan bien van a notar las ramificaciones en el calcio. Es la electricidad que se dispersa a su conveniencia para aprovechar al máximo el abono—, explicó Eulalia a su atento público.

Al comisario le sudaba la mano y el revólver se le resbalaba.

—¿Es el abono más efectivo o funciona con cualquier persona o animal? —preguntó una de las invitadas.

—Funciona solo con niños de esa edad, ya hice la prueba. Con cualquier otro abono la parcela en la que se aplica se echa a perder —respondió Eulalia.

El comisario trató de hablar, pero un bolo ácido le taponó la garganta.

—Esto no se puede patentar ¿o sí? —dijo alguien.

—No, es de máxima importancia que nadie fuera del pueblo se entere, para que la cosecha de la señora Eulalia sea igual de buena este año y los que vendrán —comentó el alcalde—. Ya conversé con nuestra anfitriona y el maletín que cada uno tiene en sus manos no es más que una pequeña muestra de todo lo bueno que nos espera.

—Y aquellos que se decidan a producir abono en sus familias, serán bien recompensados —dijo Eulalia.

Varios de los invitados acariciaron las cabezas de sus hijos y otros, próximos a ser padres primerizos, frotaron con cariño las barrigas de sus esposas embarazadas.

El comisario soltó por fin el revólver y al caer se escuchó un último disparo. El niño al que había acertado por accidente murió en el acto y el cuerpo fue llevado directamente al campo de rayos para hacer una zanja y meterlo ahí, no había motivo para perder tiempo. El bolo ácido bajaba y subía por la garganta del comisario, como una pelota de básquet que entra y sale de la canasta. Alguien puso entre sus dedos una copa de vino, se sentía abrumado entre tanta gente alegre, entre tanta algarabía; como si alguien le hubiese empujado el codo, llevó la copa hasta su boca, dio un trago largo y la acidez que sufría se disipó enseguida. El malbec que le sirvieron sabía muy bien.

PIMPOLLOS DE CRISTAL

De sus poros salieron espinas, finas y blancas como los pelos que la abuela tenía en la comisura de los labios, se ensartaron en su piel y se anidaron en sus nervios. Lo que más le molestaba de todo esto era que los demás no se daban cuenta, a cada rato tenía que agacharse para recoger un pedazo de cara o una extremidad entera del suelo: el cuerpo se le desmoronaba. Cuando ya no podía más se clavaba dos anzuelos en la boca y los estiraba con un cordón transparente para que tuviera la sonrisa más grande de la habitación, aunque en esa habitación estuviera ella sola.

Cuando estaba en una reunión con demasiada gente dejaba que su sombra hablara por ella, así aprovechaba para irse a lo más recóndito de su cabeza, a jugar tiquichuela hasta que llegara la hora de poder irse. Era una culebra que se escabullía entre rocas húmedas, en su auto se daba cuenta de que nadie la hubiese detenido, podría haberse marchado en cualquier momento sin que se le objetara nada.

No entendía qué era lo difícil, cuando se lo proponía lo hacía con cierta soltura, pero se agotaba muy pronto. A veces practicaba con el espejo: conversaba sobre lo que le venía a la mente, sin ningún filtro; sin embargo, le era muy incómodo estar ahí parada. Cortaba el espejo siguiendo su propia silueta y se paseaba con su doble para que todo resultara más espontáneo. Entraba a la cocina, deambulaba por la sala, hasta que después de tanto andar el espejo se rompía en cientos de pedazos que fragmentaban su imagen. Ella no se veía en los pedazos, el reflejo que contenían los espejos la veían a ella, la juzgaban, desde incontables ángulos, como si cada pedacito fuera el panel del ojo de una mosca. Luego de un rato, las imágenes que

contenía cada trocito se desprendían del espejo e iban en tropel a la calle, lo más lejos que podían. Andrea barría los espejitos que ya no reflejaban nada, los esparcía debajo del cubrecama y se acostaba sobre ellos hasta quedarse dormida. Amanecía con múltiples cortes de los que brotaban pimpollos de cristal, que luego tenía que esconder con ropa holgada.

Necesitaba una amiga con quien practicar cómo socializar. Entró de día a una gran tienda de ropas y cuando la encargada se alejó de donde estaba, Andrea se escondió entre los vestidos floreados. Las rodillas le empezaron a hormiguear después de estar tanto tiempo en cuclillas, pero por fin las luces de la tienda se apagaron y pudo salir con cautela. Era la primera vez que podía recorrer un local sin tener que evadir la mirada de los otros clientes, asociaba el olor de la naftalina a decenas de personas que se cruzaban entre sí para buscar alguna prenda en oferta, como avispas atrapadas en una botella. Pasó los dedos por los rostros de los maniquíes, los labios de plástico eran tersos y suaves, los pómulos salían como carpas de circo. Andrea no se consideraba atractiva, lo que hacía que se abstuviera de criticar el físico de los demás, pero la apariencia de los maniquíes le daba asco.

Buscó en el depósito antes de desistir; las cabezas de repuesto se amontonaban en cajas sucias y polvorientas. A algunas les faltaba un ojo, otras tenían los labios partidos o el cráneo abollado.

—¡Ey! Por acá —dijo alguien.

A Andrea se le tensaron los músculos y el color desapareció de su cara.

—Más abajo, entre el montón.

Sacó las cabezas de plástico que estaban en la parte de arriba y un poco más abajo estaba la que había hablado: los dientes le asomaban como astillas y los ojos estrábicos tenían una gruesa capa de polvo. Cuando la cabeza de plástico iba a hablar, Andrea le tapó la boca y la enrolló con una tela, para llevársela a su departamento. La cabeza de maniquí admiró el departamento en el que se encontraba; hasta ese momento solo había estado en tiendas en donde le prohibían hablar y sabía que luego de estar en la caja del depósito la tirarían en un gran basural, en donde permanecería debajo de toneladas de desperdicios hasta que el azar decidiera otra cosa.

Andrea le puso una peluca y un vestido, y la rellenó con almohadas y sábanas a las que trató de dar forma. La cabeza de maniquí, a la que llamó Laura, tensó la espuma y las telas como tendones y caminó hasta el espejo: era totalmente asimétrica; pero el hecho de poder moverse la llenó de felicidad.

—Me gusta tu casa y el vestido que me pusiste —dijo Laura, con la emoción propia de un niño que se encuentra en la mitad de un parque de diversiones—. ¿Qué hacemos ahora?

—Hablar —respondió Andrea.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que se nos ocurra.

Estuvieron hasta altas horas de la noche hablando de bueyes perdidos, se les acabaron los temas de conversación y balbucearon y

tararearon con tal de escuchar sus voces y como se entrelazaban en el aire que las dividía, las notas chocaban para fusionarse y formar nuevos colores, nuevos tonos que ninguna voz en solitario pudiera formar. El aire enturbiaba esos colores que salían de sus gargantas, unieron sus labios para que ni una mota de polvo alterara las vibraciones que salían de sus cuerdas vocales. Al otro lado de la pared, un vaso de vidrio rozaba la superficie, la persona que apoyaba su oreja quería que se amplificaran los ruidos que provenían de la habitación de Andrea: el de dos lenguas que forcejeaban entre sí, el barullo de un grupo revolucionario en una plaza repleta de armas, la electricidad que recorría por sus piernas —al menos por las piernas de Andrea—, energía que se acumuló en su bajo vientre, un panal rebosante de miel, y ella se sumergió en un grito ahogado.

Andrea salió turbada de su departamento, con las rodillas castañeantes y los muslos empapados. La vecina del departamento 3-B, una vieja polvorienta que tenía una oreja marcada con un círculo rojo, la interceptó en el pasillo.

—¿Estás de novia, jovencita? Parecían fuegos artificiales los que salían de tu departamento y las paredes son de papel en este edificio.

—Serán de un papel muy grueso para tener que apoyar la oreja hasta el punto que se quede roja, rojísima —dijo Laura, que había salido detrás de Andrea sin hacer el menor ruido—. ¿Cuánto tiempo estuvo al otro lado de la pared, señora? ¿El tiempo suficiente para que se le despintaran la uñas o no le dimos tiempo ni de levantarse el vestido?

El pasillo se llenó con los latidos de la vieja, cada pulso era una piedra que caía a un gran acantilado. Las chicas pasaron a su lado y salieron a la calle. Nadie reparó en que Laura tenía piernas de sábanas y el torso hecho de almohadas, porque se movía con tanta confianza que las baldosas resecas, debajo de sus pies, se pintaban en varios tonos. Andrea se dejó arrastrar por ella, dejaba que Laura se encargara de todo: de recoger las flores que crecían entre ladrillos enmohecidos, de juntar en sus manos la lluvia de un caño roto en medio del asfalto, de poner en un frasquito todo el polen que había en el parque y paladearlo con sus narices, hasta que las vetas escariadas de sus cerebros se embadurnaran de glucosa.

Despertaron tiradas en el parque. No habían pasado muchas horas, el cielo estaba naranja y las nubes en el borde del horizonte se pintaron de un lila claro. Laura tenía las sábanas llenas de tierra y las almohadas del torso empapadas en un líquido amarillo.

—Tenemos que ir a casa para cambiarte la ropa —dijo Andrea.

—No hay tiempo —respondió Laura.

A Laura se le movía la mandíbula como si estuviera activada por pistones. Miraba a todos lados sin saber a dónde ir. Le pidió a Andrea que le consiguiera un nuevo cuerpo, ya no aguantaba que sus deseos se acumularan y reprimieran en su cabeza de plástico, necesitaba que el ácido fluyera por su torso y extremidades. Era imposible negar su pedido, estaba compuesto de pura justicia, lo mínimo que alguien podía exigir era un cuerpo de carne y hueso, y si Dios se lo negaba, habría que tomarlo por la fuerza. Tampoco le daría a Laura un

cuerpo cualquiera, sería el que a ella más le gustase, que lo eligiera en persona y lo probara.

En la discoteca podían encontrar el cuerpo que Laura necesitaba, era el día en que las mujeres entraban gratis y el local estaba atestado.

—Apurémonos que se me están manchando las sábanas de las piernas. Ya no aguanto más —dijo Laura.

—Bueno, elegí cualquiera y vamos, odio esta clase de lugares —dijo Andrea, como si la cosa a elegir fuera un juguete que suprimiría un capricho.

Laura dio vueltas sobre sí misma con los ojos cerrados, levantó el índice y cuando se sintió mareada abrió los ojos; la elegida al azar era una chica apartada del grupo, parecía querer que algo pasase, pero sin tener que hacer el menor esfuerzo para conseguirlo. Era ideal: tímida, sumisa y desesperada; un tanto parecida a Andrea. A Laura no le costó acercarse e invitarla a tomar algo y en el menor descuido puso en el vaso las pastillas suficientes para dormir a un oso.

—Seguro que la vieja chismosa está con la oreja pegada a su puerta —dijo Laura.

—Callate y cargá más de tu lado, yo estoy llevando todo el peso —le respondió Andrea.

La desconocida tenía la piel del color de la leche cuajada; tirada en la cama irradiaba una paz absoluta.

—Está muerta —dijo Andrea.

—Es mejor así, ahora no vas a sentir culpa o asco cuando le cortes el cuello —respondió Laura.

—¿Por qué yo?

—Porque te recuerdo que con estos brazos no puedo hacer gran cosa, y con cada segundo que pasa los músculos y tendones se endurecen. ¡Rápido, rápido, rápido! —dijo Laura, con una sonrisita complaciente.

Estaba excesivamente excitada. Desató sus brazos y las almohadas de su torso se cayeron. La ansiedad por poseer el nuevo cuerpo era incontenible. Andrea tendría que cumplir sus caprichos hasta el final de sus días, ahora que tronchaba el cuello de la pobre chica —como si de un jamón se tratara— traía a su mente todos los momentos placenteros con Laura. No estaba mutilando el cuerpo de una inocente, estaba expresando su amor por todos los medios que tenía a su alcance.

—Bueno, ya está —dijo Andrea, con los brazos agarrotados por el esfuerzo y los dientes chocando entre sí, como si estuviera sentada en un gran iceberg—. ¿Y ahora qué?

Supuso que tenía que colocar la cabeza como si fuera la tapa de un frasco de mermelada. La apoyó y la giró tres veces hasta que quedó firme. De la base del cuello de Laura surgieron raíces que se unieron a los nervios del cuerpo decapitado. Los primeros pasos fueron débiles, al momento pudo tensar y controlar todos los músculos y saltó y revoloteó por toda la casa. La ansiedad rebullía en su sangre, era una olla a presión que debía despresurizarse cuanto antes.

—Tengo que salir de esta caja, Andrea. Sacame de acá.

—¿A dónde querés ir?

—A donde sea.

Dio un portazo y salió. Empujó a la vieja que aparentaba barrer el pasillo del piso del departamento para poder escuchar mejor lo que las dos chicas hacían en su casa. Laura había tomado la cartera de Andrea: con todo el dinero en efectivo y tarjetas que le hacían falta, le sacó todos los datos a fuerza de pasarle sus nuevas manos entre los muslos. A partir de ahí Andrea se convirtió en su sombra; si debía pasar noches enteras recorriendo bares, lo hacía; si tenía que dormir en medio de la nada junto a personas que había conocido esa misma noche, lo hacía. Algo en medio del pecho le clavaba, tal vez era angustia, pero cuando Laura se entrelazaba con varias personas a la vez, frente a sus narices, no se lo podía reprochar. ¿Cuánto tiempo había vivido atrapada en ese cuerpo de plástico? Podría tener más de cien años y ¿quién era ella para reprimirle después de tanto sufrimiento? Esperaba que cuando Laura saciara todos sus deseos contenidos, pudieran regresar a casa y sentarse juntas en el sofá, tapadas con una frazada, susurrándose al oído historias más antiguas que el viento.

—Mi cuerpo se está descomponiendo, Andreíta. Tenemos que conseguir uno nuevo. ¿Vos lo vas a conseguir? ¿Verdad que sí?

Andrea juntó todas sus fuerzas para salir de su letargo cáustico. Puso el cuchillo para cortar carne sobre la cama y cargó en su cartera los somníferos que Laura utilizaría para traer a la nueva chica. Por un momento pensó en la posibilidad de guardar la cabeza de Laura

debajo de la cama, la sacaría las veces que quisiera para darle besos en la mejilla y peinarle el cabello, solucionaría los gritos con cinta de embalar y de esa forma se amarían por siempre.

—¿Ya estás lista, amor? —le preguntó Laura.

Andrea disipó sus pensamientos intrusivos, la agarró de la mano y salieron juntas del departamento.

LÁGRIMAS DE CORAL

Don Carlos murió mientras dormía, abrazado a su caña de pescar. Tuvo que amanecer para que sus familiares se dieran cuenta de que estaba muerto, porque hacía años que ya no dormía al lado de su esposa, dormían en camas separadas, en dormitorios distintos, y si había un buen día de pesca dormía fuera de casa, en algún lupanar de los que abundaban en las inmediaciones del puerto.

Diestro como él solo, podía pescar con la caña sujeta entre los dedos del pie, mientras se debatía con dos madamas encima suyo. En la punta de la canoa, Felipe —su único hijo varón— anotaba en una libretita todos los movimientos de su señor padre, porque sabía que, llegado el momento, él debería encargarse de proveer y administrar la pescadería de la familia. Ese había sido el gran fracaso de don Carlos: que su único hijo y heredero no tuviera el menor talento para su oficio. No importaba que usaran el mejor cebo, que usaran la caña que era de la familia desde hacía decenas de generaciones, nada servía. Parecía que los peces huían de Felipe y resultaba irónico, porque por su apariencia cualquiera podría decir que venía desde lo más profundo de *Innsmouth*.

Con don Carlos muerto, ya no había nadie que pudiera solapar la inutilidad de Felipe, nadie que dijera «sí, efectivamente, fue Felipe el que pescó todos estos peces». Su madre y sus hermanas, que lloraban a moco tendido por el deceso, se darían cuenta —más temprano que tarde— de que toda su vida era una farsa.

Partió al día siguiente del velorio. Era mejor no perder tiempo y aprender de una vez por todas. A la mañana el cielo se encontraba totalmente despejado, pero conforme Felipe se iba acercando a la

costa, las nubes se apelotonaron de a poquito. No pretendía tener una odisea como el viejo aquel que tuvo que pelearse con un gran pez espada, solo quería agarrar un pececito, por más pequeño que fuera, que le demostrara que la mala suerte ya no pesaba en sus hombros, que ya no tenía sobre sí toda la sal del océano.

Llegó a un punto propicio y estabilizó la canoa como pudo. Al poner la carnada se pinchó el dedo y la sangre corrió más de lo debido. Tiró el anzuelo y un rayo cayó: no le sorprendió en lo absoluto, si moría ahí mismo sería el acto más noble de la providencia.

—Cuando uno está salado, no hay nada que hacer —dijo alguien detrás suyo.

Felipe pensó que era la muerte burlándose de él y siguió con la caña firme, sin hacerle caso. Las olas se enfurecieron a su alrededor y al querer sujetarse del borde de la canoa cayó de cabeza al mar. Cada brazada lo hundía más y en pocos segundos se desvaneció. El problema es que los desgraciados no mueren tan fácil. Otra boca cercó la suya; tendido en el fondo de la canoa, alguien más expulsaba bocanadas de aire dentro de sus pulmones, quiso empujar a la otra persona, para no escupirle en la cara toda el agua salada que estaba a punto de vomitar, pero se topó con dos pechos que rebosaron entre sus dedos.

Era el pez más grande que había visto. La cola enorme y torneada lucía escamas fosforescentes que se superponían, el problema era que esta terminaba donde nacía un vientre carente de ombligo. Felipe no alzó la vista, confundido por las leyendas que hervían en su mente, pensó que tal vez —si alzaba un poco más la cabeza— todo su cuerpo

transmutaría en piedra. La mano palmípeda se posó en su mentón, sujetándolo con firmeza, y el ser que lo había salvado volvió a cercar sus labios y a soltar bocanadas de aire con fruición, con delirio, como si Felipe fuera la rémora que debiera adherirse a ella por el resto de la eternidad. Evidentemente era una mujer, diferente a su mamá y a sus hermanas, tampoco se parecía a las que abundaban en los lupanares conquistados por don Carlos, y eso alegró a Felipe.

Ya en la costa y resguardados por la noche, Felipe y su nuevo amor se escabulleron hasta su casa. Su mamá y sus hermanas dormían tan profundamente que sus conciencias parecían estar hundidas con plomadas. Él la llevó a su cuarto, como si fuera lo más normal del mundo sentarse en el borde de la cama en la primera cita, lo que no tuvo en cuenta por su ignorancia es que los prolegómenos del amor son propios y exclusivos de ciertas culturas, que el instinto que reverberaba en el interior de su nueva novia no lo dejaría escapar ni aunque él clamara por su vida. Esa misma noche concibieron sus primeros hijos.

Su madre y sus hermanas limpiaron toda la casa y le sirvieron el desayuno. Ahora que él era el nuevo jefe de la casa podía gozar de total impunidad. Estaba seguro de que habían escuchado su cama rechinar durante toda la noche, pero los rostros de sus hermanas —sobre todo el de su madre— se inclinaban hacia el piso como si sus mentones estuvieran anclados. A Felipe le gustaba ese nuevo poder; si bien se limitaba a los metros cuadrados de su hogar y su pescadería, dentro de ese perímetro él era el amo y señor. Solo que para mantener su trono debía cumplir con la cuota mínima de pescados, y se acordó de su inutilidad fatal.

—Hijito lindo, ¿hoy te vas al mar para aprovisionar la pescadería? El mejor luto que le podés rendir a tu papá es seguir siendo un gran pescador —le dijo su mamá.

—Sí, mamá. Ahora preparo todas mis cosas —respondió Felipe.

Afuera, la aurora sangraba y en el anaquel de su memoria, estrepitosa entre tablones de nogal, él trataba de desplegar sus plumas como vísceras sujetas a varillas. Si bien odiaba la idea de pescar, ¿qué tan difícil podría ser si es que se concentraba lo suficiente? ¿Acaso no había pescado, sin siquiera proponérselo, al amor de su vida?

Quiso despedirse de ella antes de partir.

—¿Qué tal amaneciste? —le preguntó. Miró a la puerta para ver si sus hermanas se asomaban para cuchichear.

Su novia le respondió con un gruñido, pero no era para nada una queja. El viento que pasaba entre su paladar repleto de dientes como astillas y su lengua bípeda producía unos gruñidos parecidos al ronroneo de un gato. Su vientre estaba abultado, no podía ser que de la noche a la mañana sus retoños crecieran tanto. Palpó el vientre de su amada y lo sintió lleno de huevos, definitivamente no estaba listo para ser padre y no sabía cómo comunicarlo. Sin darse cuenta, los huevos fueron expulsados de un momento a otro y el piso de su habitación se llenó de ellos. Estaban cubiertos por una viscosidad humeante y si bien parecían frágiles, Felipe tropezó con uno de ellos y rebotó como si el cascarón fuera de metal. Los retoños se debatían dentro de sus cascarones para romperlos, daban mil volteretas en su afán y Felipe quiso ayudarlos. Agarró a uno y lo presionó fuerte con

sus pulgares, pero no había caso; trató de cascarlo en el borde de la cama, pero fue en vano; como veía que el retoño se retorcía dentro del huevo, Felipe se desesperó y lo lanzó con fuerza por la pared para librarlo de su prisión.

Que cosa más hermosa, nunca pensó que toda la belleza del universo pudiera concentrarse en algo tan pequeño. Su novia gruñía de felicidad. El retoño era un pez con escamas relucientes y de aspecto rozagante, movía sus aletas con frescura y tenía por cabeza la de un humano recién nacido, con el pelo negro y las mejillas sonrosadas.

Tenía que pensar en veinte nombres diferentes. ¿Cómo podría alimentarlos a todos?

—Hijo ¿ya te vas a pescar? Tenemos que aprovisionar la pescadería, ya no nos queda nada —insistió su madre.

Felipe se ovilló con su hijo entre brazos, su novia yacía exhausta en la cama. Más de veinte hijos de un momento para otro y no podría alimentarlos con el aire. Su madre golpeó tres veces la puerta, golpes suaves, pero se sintieron como el derrumbe de un gran castillo.

—Ya me voy, mamá. Salgo enseguida —respondió Felipe.

Era de esos momentos sobre los que le había advertido don Carlos, entre hipidos de borrachera, esos momentos en los que un hombre debe tomar una decisión de vida o muerte en total silencio, sin lloriquearle a nadie su angustia; porque a un hombre se le puede perdonar su incompetencia, pero jamás su falta de carácter.

Agarró un cuchillo e hizo un corte limpio. La cabeza del recién nacido era similar a los serafines de porcelana que se venden en las mercerías, y del otro lado quedaba el cuerpo de pescado, que tendría unos tres kilos aproximadamente; Felipe no sabía de anatomía, pero los órganos que sacó para que solo quedara la carne eran idénticos a los órganos de cualquier otra persona: el corazón, el estómago, los riñones, hasta los pulmones que eran, quizás, lo que más desencajaba en el cuadro. Su novia dejó caer un brazo y lo arrastró hasta la cabeza solitaria de su hijo muerto, Felipe se preparó para enfrentar un llanto desgarrador, para su desconcierto, su novia engulló la cabeza en tres mordiscos, la carne y los huesos se deshicieron entre sus dientes astillados como si fuese un bollo relleno de crema. Sus mejillas pálidas se pintaron de un rojo intenso al recuperar todos los nutrientes que había perdido. Felipe hizo más de veinte cortes, en un proceso que al repetirlo se volvía más fácil, y en una hora obtuvo lo que le habría costado un intenso día de pesca.

—Tu padre estaría tan orgulloso. Bueno, ya lo estuvo en vida. Tantos pescados en una sola jornada y sin una gota de sudor en la frente. ¡Qué talento, hijito! —le dijo su mamá.

A Felipe se le revolvió el estómago, la culpa, mientras su mamá y sus hermanas atendían a los clientes en la pescadería. El dinero entraba y los pescados salían a un ritmo desenfrenado, agotaron todo en un solo día. ¿Tendría que mantener ese ritmo de producción? A su mamá le brillaban los ojos al tener tanto dinero junto entre las manos, estaría craneando qué mejoras hacer en la casa y en el negocio: ahora que don Carlos ya no estaba, la plata ya no se quemaría en alcohol y mujeres de una noche.

—Tomá, hijo. Esta es toda la ganancia del día —le dijo su mamá.

—Mejor que vos administres el dinero, gastalo en lo que creas más conveniente. Si me hace falta, te lo pido y ya está —le dijo Felipe y la besó en la frente.

Los párpados de su mamá eran represas a punto de colapsar, no le pudo dar las gracias porque al mínimo gesto se le desbordarían las lágrimas. Ahora que había generado ese sentimiento en su madre, ya no le podía fallar, lo único que temía era que sus gónadas se gastaran por tanto uso.

Repitió el proceso una y otra vez en su habitación, era ahí donde se producía todo y sus hermanas se dieron cuenta de que la caña de pescar y demás enseres estaban llenos de polvo, él ya no iba al mar ni para mojar los pies. Entraba y salía de su habitación y cuando dejaba la puerta entreabierta nadie se atrevía a echar un vistazo, el olor dulce y cálido que salía a marejadas espantaba a cualquiera.

—Hijito, hijito. No vas a adivinar quién vino a nuestra pescadería, y quiere hablar con vos.

Felipe estaba limpiándose las manos con un trapo, después de haber sacado tantas vísceras de los pescados. Le preguntó a su mamá quién era el que venía y vio al otro lado del mostrador al señor alcalde.

—Vengo a felicitarle, don Felipe. Para serle sincero, no me imaginaba que iba a superar a su padre de esta forma. La pescadería es un éxito rotundo y mueve nuestro comercio como no se lo imagina.

Felipe siguió frotándose las manos con el trapo, ya no tenía ni una gota de sangre en las palmas, las frotaba para tratar de sacar unas manchas más profundas, manchas debajo la piel. Respondió con una sonrisita tímida. El alcalde no lo tomó como una falta de respeto, todos sabían que el pescador era excesivamente introvertido, pero no tenía en su corazón ni una pizca de maldad.

—Como pescado todos los días desde que usted está al mando de la pescadería —le dijo el alcalde—. Caldo de pescado, chupín, milanesa; es un manjar en todas sus presentaciones. ¿De dónde los pesca que son tan sabrosos?

El alcalde notó en los ojos de su interlocutor un temor irracional.

—¡Tranquilo, hombre! No pienso robarle el secreto —rio el alcalde—. De todas formas, no podría subirme a un bote ni agarrar una caña aunque se me fuera la vida en ello. Lo que necesito es lo siguiente, don Felipe, y escúcheme bien. Los pescados que vende son deliciosos, pero quiero dar un buen banquete por mi reelección, ya han pasado dos semanas y mis amigos me exigen que los invite a un gran festín. Quiero que en el centro de la mesa haya un pescado de un tamaño portentoso, que subyugue al solo verlo, que hipnotice con su olor. Si la carne es igual de sabrosa que la de los otros pescados, estoy seguro de que seré reelecto en el cargo hasta el final de mis días. Usted dígame el precio y yo pago sin chistar. ¿Qué dice al respecto?

—¿Cómo de grande? —preguntó Felipe, con la voz temblorosa.

El alcalde abrió los brazos todo lo que pudo para indicar el tamaño deseado. Si no podía pescar ni un bagre, mucho menos un pez de

esa envergadura. Sus hijos nacían y él les sacaba las tripas, dudaba de que pudieran sobrevivir más de un par de minutos con esa morfología. Tendría que hacer el intento; ya no había vuelta atrás. Quiso consultar el experimento con su esposa, ella yacía desparramada, su cuerpo esbelto se convirtió en un amasijo de nervios y membranas por tener que parir todos los días, los huevos se movían en su vientre e iban saliendo como de una cinta transportadora.

—El alcalde me pidió un pescado grande, demasiado grande —le comentó Felipe.

Su esposa gruñó interrogativa. Felipe imitó el gesto del alcalde para indicar el tamaño; ella asintió y estiró el brazo para palmotear los huevos que estaban al lado de su cama. Existían diferencias casi imperceptibles entre los huevos: algunos cascarones eran tersos y otros más porosos, algunos eran más duros y otros quebradizos; solo la madre podría saberlo al palparlos. Eligió un huevo azulado, tan duro como el coral que se forma en lo más profundo del océano. Felipe lo martilló y lo taladró, pero no pudo hacerle ni una sola raya, fue el pequeño pececito que, de un cabezazo certero, rompió el cascarón y cayó al piso.

No podía criarlo en esa habitación apestosa, lo llevó al mar para que se moviera a sus anchas y sus músculos se desarrollaran. Crecía a un ritmo vertiginoso, cada escama incipiente era una pepita de oro a la cual el sol le daba de lleno. Felipe le decía que no se alejara del bote, que nadara en donde él lo viese para que no le pasara nada malo. Su hijo se movía con soltura y sus ojos irradiaban sagacidad. Si su padre le decía que se acercara, se acercaba; si le pedía que hiciera una cabriola, la hacía; era una obediencia innata.

—En esta zona no hay peligro, pero si vas más allá podés toparte con un tiburón —le advirtió Felipe y abrió grande la boca para imitar la mordida.

—Tiburón, tiburón, ñac, ñac, ñac —repitió su hijo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas dulces. Era igualito a él del cuello para arriba. Debía ponerle un nombre por más que al final terminara en la mesa del alcalde, no importaba cómo muriese, sino cómo aprovecharía el tiempo que le tocara vivir, porque al final del camino todos somos la espuma que se forma cuando las olas chocan con la arena. Felipe buscaba justificarse, para que, llegado el momento, el cuchillo se deslizara sin problemas por el cuello de su hijo. Lo bautizó como Ismael, y esa noche durmieron abrazados.

A la mañana siguiente se despertó con un nudo en la garganta. Su esposa seguía desparramada en la cama, lo que antes era una estatua de jade ahora era una mantarraya en evidente descomposición. Felipe no pensaba tener más hijos que aquel que ahora rodeaba con sus brazos. Su esposa le exigió que cumpliera con su tarea diaria, pero él apartó de un golpe la mano viscosa que buscaba su entrepierna, era la primera vez que su esposa gruñía amenazante. Por los dientes astillados que colmaban su paladar corría un líquido verde musgo, más letal que el veneno de una cobra. A pesar de eso, se alejó de ella y puso a su hijo bien lejos de la cama.

Tenía ante sí la posibilidad de alcanzar la gloria, vivir por el resto de sus días como lo que siempre había querido ser: un pescador más talentoso que su padre. Si cumplía con los deseos del alcalde ya no

haría falta más, viviría bajo su protección de ahí en adelante, pero la inveterada agonía se arrastraba por sus nervios, con el traqueteo de un saco de huesos que alguien lleva a cuestas. El anhelo de superar a su padre y borrar su recuerdo con el éxito propio, deseo incandescente, ahora se veía sofocado por los ojos de su hijo.

Se aseguraría a toda costa de que Ismael viviera sin las ataduras de las expectativas ajenas. Que concibiera él solo su propio sueño. Esperó la noche. Esperó a que el sueño calara hondo en su esposa. Cuando los ronquidos de ella empezaron a triturar el aire, escapó sigilosamente con Ismael en brazos.

Avanzó dos cuadras en puntas de pie; con cada metro avanzado se liberaba de la tensión que le laceraba los hombros, hasta que escuchó alaridos que provenían de su casa. Su esposa había despertado. Las luces de las casas circundantes se prendieron y los vecinos buscaban ayudar sin saber que pasaba. Era la madre de Felipe la que gritaba, gritos ahogados en su propia sangre. Se oyeron unos cuantos disparos que parecían penetrar en una masa harinosa, pero Felipe sabía que no surtirían el menor efecto. El ruido del desastre, que se acrecentaba lo tranquilizó, mientras durase le daría tiempo para llegar a su bote. Los alaridos se apagaron de a uno, el último feneció después de un disparo y a ello siguió el siseo de una gelatina que avanzaba como rocas que caen del despeñadero.

—Ya estamos cerca, Ismael —dijo Felipe.

Acarició la cabecita de su hijo para tranquilizarlo. Llegaron al bote y puso a su hijo debajo de uno de los asientos. Ismael sollozaba

quedo en su rincón, quería reprimir cada lágrima porque su papá le pidió encarecidamente que no llorase, «no pasa nada» le había dicho, «solo vamos a dar un paseo». Algo cimbró en la arena de la playa. Felipe se apresuró en remar: remó como nunca lo había hecho, en línea recta hacia el horizonte, hasta que sus músculos se prendieron en fuego. Llegó tan lejos que perdió de vista la playa, las olas mecían el bote y la brisa secaba las gotas de sudor que perlaban su frente y sus antebrazos.

—Ya llegamos, Ismael. Ahora te voy a bajar y vas a nadar lo más profundo que puedas.

—Ismael lo miró con los ojos llenos de lágrimas, se le escapaban algunos sollozos, pero no se atrevía a poner objeciones a su padre.

—Seguro que en un par días ya vas a tener decenas de amigos. El océano es un lugar mucho más hermoso que la tierra —dijo Felipe.

No pudo mirar a su hijo a la cara. Lo abrazó tan fuerte que pensó que podría partirlo a la mitad. Soltó a Ismael en el agua y él descendió a una velocidad prodigiosa, lo perdió de vista en un abrir y cerrar de ojos. Se quedó sentado en el bote, sin esperar nada, sin desear nada, en un solo acto justificó su existencia y ya no tenía ningún cometido en la vida. Comprobó que el estado ideal no es el de la felicidad, sino no tener metas pendientes, la certeza de haber hecho todo lo que debía: la plenitud.

Transcurrieron segundos que se fragmentaron en millones de partes. Se olvidó del peligro que le acechaba, que se acercó palmo a palmo en ese tiempo encapsulado. Perdió tanta sensibilidad que no

se dio cuenta de la mano que rompió el bote y lo estiró de la pantorrilla, lo sumergieron a tal profundidad que los rayos de luz se veían aislados por masas negras. Le faltaba el aire y sin poder controlar sus músculos aspiró el agua en una búsqueda inútil de oxígeno. La boca de la cual se había enamorado cercó sus labios una vez más, y sus pulmones se inflaron con su aliento.

Los gritos de Ismael le llegaron tenues, tuvo que abrir los ojos pese a la sal que quemaba sus córneas, tenía ante sí un arrecife de coral tan grande como una atalaya. En medio de los barrotes fosforescentes de coral estaba Ismael, cuyos ojos se iban opacando, ya no gritaba, daba jadeos involuntarios. Su cola y sus aletas habían sido engullidas por su madre, que pensaba continuar hasta recuperar cada nutriente que había salido de su cuerpo. Llevó a Felipe hasta el fondo del mar para demostrarle que ella también podía sacarle todo en un segundo, si es que se lo proponía; para que presenciase cómo su hijo, en el que en las últimas semanas depositó todos sus anhelos, iba desapareciendo con cada bocado y con él sus sueños, con él sus deseos, con él sus ganas de despertarse cada mañana y su ánimo para respirar. De la nariz de Felipe salieron las últimas burbujas, que ascenderían raudas los cientos de metros que las distanciaban de la atmósfera, y una vez llegadas a destino desaparecerían como si nunca hubiesen existido.

ALAS DE POLILLA

Su recuerdo se derramaba por los engranajes de su mente como un aceite viscoso. Era difícil amar a alguien que seguía viva, pero cuya esencia había perecido hacía tiempo. Cada tanto se escribían y se laceraban mutuamente. Era más fácil arrancar un candirú con las propias uñas que pretender que el tiempo curara sus heridas. Llegó a la conclusión de que un clavo debía sacar a otro, ya oxidado.

Aprendió que todo tiene un fin, pero estaba harto del proceso insufrible de olvidar a alguien que seguía caminando por las calles que él recorría y respirando el aire de los parques que visitaba. El concepto ideal que tenía del amor hacía mella en su psiquis, ansiaba un amor impoluto, intenso a tal punto que la piel le ardiera y tuviera como garantía el certificado de un médico. Debía enamorarse de una moribunda.

Iba al cementerio a comprar flores, porque eran mucho más baratas que en cualquier florería de la zona, y se atrevía a decir, cegado por su tacañería, que incluso aquellos pétalos eran más vívidos que los que se hallaban en el vivero mejor cuidado. Las flores eran como su pase libre al hospital, entraba cabizbajo y con el ramo bien firme y los enfermeros se acercaban a él solamente para decirle que estaban a su disposición por si necesitaba algo. Caminaba con confianza taciturna, como si visitase a un familiar a punto de morir.

No conocía muchas enfermedades terminales, sobre todo que no fueran contagiosas, así que fue a lo seguro: al área de oncología. El horario de visita era limitado, tenía que salir del trabajo y manejar a toda prisa, cuando llegaba debía recorrer pieza por pieza para encontrar a la indicada. En algunas habitaciones encontraba a viejos con

cáncer de pulmón, en otras a señoras que debían rellenarse el pecho con almohadillas para preservar una femineidad dependiente al físico, también se topaba con niños que corrían ávidos por los pasillos pese a los moretones que poblaban sus brazos.

La pena que sentía por estas personas se vio ofuscada por la frustración que tenía al no encontrar a su modelo ideal, a tal punto que reflejaba su impaciencia con maltratos disimulados a los demás pacientes.

Llegó el día en que su comportamiento se hizo harto sospechoso, al menos para una de las enfermeras que se había dado cuenta de la extraña rutina del visitante sin visitado.

—¿A quién viene a visitar, señor? —preguntó la enfermera, tratando de esconder cualquier atisbo de reproche en su tono de voz.

—A nadie en particular —dijo Fernando. Su respuesta era insolente, pero en su rostro no se veía ningún rastro de altanería.

—¿Entonces para qué viene? —preguntó la enfermera, esta vez con el reproche marcado en la voz.

—Mi abuela murió de cáncer hace ya varios años, y en todo el tiempo que estuvo enferma solo la visité dos veces. Pude haberla visitado mucho más, pude haberla visitado todos los días y estrechar su mano el tiempo que durase la visita, pero no lo hice. Era joven y estúpido, aunque la juventud no es ninguna excusa para esta clase de estupidez. Sé que la posibilidad de que existan más estúpidos como yo, que no saben priorizar las cosas que importan, seguramente

tienen un abuelo o un sobrino acá, o un amigo que espera esa visita y no la recibe. Y los días pasan —respondió Fernando.

No había preparado esta mentira, la sacó de no sabía dónde, como si su cerebro hubiese trabajado en un segundo plano, valorando los probables obstáculos con los que se toparía en su búsqueda.

—Así que, este es mi intento desesperado para compensar todo el tiempo que no pasé con mi abuela. Mi intento de aligerar mi culpa y que no me carcoma, al menos no a un ritmo desenfrenado —agregó.

La enfermera había aguantado el llanto durante el relato, pero cuando Fernando calló no pudo evitar un sollozo entrecortado, como si le faltara el aire. La había agarrado de sorpresa.

—Entonces, ¿por qué no entra y habla con ellos? Veo que siempre se queda en la puerta y solo mira desde ahí —dijo la enfermera.

—No me atrevo, aún no. Tengo la sensación de que si piso alguna habitación todo mi cuerpo arderá en llamas.

—Vamos, no es para tanto, yo le acompaño. Conozco a alguien que va a aceptar su visita con muchísimo gusto.

La enfermera lo tomó del brazo y lo llevó hasta una habitación que se encontraba en medio del corredor; al fondo estaba una viejita con una peluca ostentosa, que parecía usar para mofarse de su propia situación.

—¿Quién es el corderito que me traés, querida? —preguntó la anciana.

—Es un muchacho que viene a conversar con los pacientes —dijo la enfermera.

—¿A conversar sobre qué? —preguntó la anciana.

—Tal vez, el muchacho en cuestión solo quiere pasar tiempo con una señora la mar de linda —comentó Fernando, con inusitada coquetería.

—Bien que los sabés elegir —rio la anciana—. Ahora dejame con él que yo te lo devuelvo intacto, se te nota en la cara que lo querés para vos sola —le dijo a la enfermera.

La enfermera no supo esconder su cara roja y se alejó en silencio. Fernando se quedó a hablar con la vieja, activó su piloto automático, hizo preguntas que solo hacían que la vieja siguiera contando sus anécdotas insignificantes, que para ella parecían ser acontecimientos dignos de plasmarse en un libro de historia. Fernando aguantó todo lo que pudo, puso en duda su plan, tal vez no continuase si es que debía pasar por eso todos los días. Miró el reloj, faltaban diez minutos para que terminara el horario de visita.

—Ahora decime, mi hijo, ¿para qué viniste acá? —preguntó la anciana, con un tono de voz completamente distinto, con una pizca de burla—. Si es para conquistarle a la enfermera que te trajo hasta acá, no necesitás de mi ayuda, le temblaban las rodillas a la pobre chica, si apretás un botón ya le tenés en tu casa a la hora que quieras. Sos lindo muchacho, eh.

—Lo que pasa es que mi abuela...—empezó a decir Fernando, pero esta vez no completó el relato.

—A mí no me jodés ni un poco —dijo la vieja—, veo perfectamente a través de esa cara de embustero y es que entre colegas nos reconocemos. Tenés que saber que a veces el diablo sube hasta acá para pedirme consejos. Decí la verdad en los minutos que te quedan y si me llegás a mentir voy a decirle a la enfermera que ya no te deje entrar.

Fernando estaba acorralado, no eran sus intenciones explicar su plan con lujo de detalles, pero parecía que una mano invisible movía sus cuerdas vocales a voluntad. Temía que esa mano viniera desde las profundidades en las que se alojaba el cliente de la vieja.

—Ustedes los jóvenes se complican demasiado —dijo la anciana—. Idealizan hasta decir basta y dan mil vueltas para decir lo que sienten, y cuando se dan cuenta de que no había que complicarse tanto, ya están con un pie y medio en la tumba, como yo. Voy a ayudarte, porque dentro de todo me parece peculiar lo que querés hacer y viene bien para distraerme, no hace falta que vengas todos los días, vení los martes y los jueves y yo te doy el reporte de las que entran, con todo lo que me describiste. A cambio traeme algo que tenga nicotina, que estoy por matarle a alguien.

Fernando aceptó el trato, llevó a la anciana un vapeador con un par de cargas extras. Ella aceptó a regañadientes, sabía que no podrían ser cigarrillos porque el olor se quedaría impregnado en las sábanas y en sus uñas.

—Ayer entró una muchacha bastante linda. La enfermera nos la presentó, parecía un pajarito debajo de la lluvia, sin querer buscar un

lugar para resguardarse. Se la veía más resignada que todos los viejos que estamos en esta habitación.

Fernando siguió las indicaciones que le dieron para llegar hasta la nueva paciente. Al salir, dos habitaciones a la izquierda. Era un hospital público, así que había varios pacientes en una sola pieza, separados por cortinas que en algunos casos los mismos familiares se encargaban de colocar.

Ahí estaba ella, con las hebras de sol dándole en la cara, los pocos mechones castaños que tenía absorbían toda la luz. Fernando la saludó, pero ella siguió mirando a través de la ventana, posada su vista en el vacío, los ojos cascados, con la facultad de desintegrar a quien se cruzara con su mirada. En ese mismo instante supo que la amaba, que la amaría más de lo que alguien llegó a amar alguna vez, y dentro de unos meses, cuando tuviera que ponerse el traje negro para alzar su féretro, sería el hombre más feliz.

La enfermera vino para avisarle que la hora de visita había terminado. A Fernando se le desempolvaron todos los tejidos que habían permanecido estáticos durante media hora, tenía los ojos resecos por haberse quedado embelesado. Tuvo que levantarse al fin y dar la vuelta.

—Pensé que esas flores eran para mí —dijo la muchacha, antes de que Fernando se alejara.

Por automatismo puro acercó las flores y tuvo la osadía de rozarle el meñique. No dijo nada, no podía. Los ojos de ella lo tenían atado a una maldición que el mismo Creador pergeñó cuando la luz todavía no se había derramado por el cosmos, una que olvidó en un rincón

enmohecido y que cada eón caía en las manos equivocadas, como debía de ser.

—A esta pobre chica le quedan como máximo dos meses —comentó la enfermera—. No tendría caso que…

Quería desanimarlo, advertirle del infortunio, pero para la ocasión era una noticia increíble. Cuando Fernando salió del hospital el cielo estaba lila, de la tonalidad propia de lo que debería ser un apocalipsis en toda regla, si es que el encargado de articular el destino tenía el más mínimo sentido de la estética.

Fernando trazó un plan: si le quedaban dos meses de vida a la chica, tenía que enamorarla en la primera semana, formalizar la relación en la segunda, proponerle matrimonio en la tercera y casarse en la cuarta, el mes que sobraba sería el de un matrimonio feliz. Mientras veía qué anillo podía comprarle se dio cuenta de que aún no sabía su nombre.

—Estela —dijo la chica.

—«Estela» —repitió Fernando, paladeando cada letra, como burbujas de azúcar que explotaban entre su lengua y su paladar.

Había esperado frente al hospital y cuando llegó la hora de visita entró corriendo; no pensaba malgastar ni un solo minuto. Ahora estaba en una conversación apasionante con Estela, le hacía preguntas claves para que ella hablara de lo que quisiera y se explayara todo lo posible. Su padre le había enseñado que a las mujeres hay que dejarlas hablar, que cuanto a lo que a palabras se refiere ellas son seres

egoístas, que en una perspectiva femenina una uña rota es de suma importancia, por más de que uno las esté escuchando con un brazo escayolado.

Repitió esa táctica por un par de días. Cuando Estela hablaba, él se acercaba sin provocar que ella interrumpiera su relato. Le rozaba las manos, el antebrazo y los muslos cubiertos por las sábanas, todo por supuestos descuidos que a veces hacían que le pidiera disculpas, pero la poca sangre que corría por las venas de Estela se acumulaban en sus pómulos. La percepción de los días depende de cuánto tiempo dispongamos: para una mariposa que vivirá treinta días, una hora es más que suficiente para enamorarse, otra para desilusionarse, necesitará una más para que el olvido la empape y volver a volar por distintos jardines, con las patas y antenas llenas de polen que desperdigará por donde vaya, se volverá a enamorar y repetirá el ciclo hasta que sus alas se marchiten y queden tendidas en alguna roca expuesta al sol. Fernando tenía en sus manos una mariposa con las alas resecas, a punto de resquebrajarse y desintegrarse, él le daría el último y único aliento.

Así fue que se dio el amor desenfrenado. Fernando conoció a la familia de su futura esposa; les cayó bien al instante. Pidió en el hospital que le dieran el alta a Estela para que pasara sus últimos días en casa. Pudo llevar a cabo todos los preparativos de la boda. Las pruebas del vestido de novia eran un suplicio, ayudar a Estela a moverse era como manipular vidrio frágil. Se decidió por un vestido sencillo, con una tela que parecía estar hecha de las alas de una polilla disecada y el velo pequeñito que se sujetaba a uno de los pocos mechones que

quedaban en su cabeza. Se pararon frente al ocaso y cantaron sus votos. Las voces del sacerdote, los familiares y los testigos —que estaban a metros de ellos— se oían como una avalancha en un cerro, al otro lado del continente. Todo lo circundante les era ajeno, sus miradas se entrelazaron y sus alientos se fundieron en uno solo, en una cueva húmeda en la que se refugiarían cada vez que la vida les lanzara un meteoro, cada vez que el sueño turbio de la duda quisiera colmar sus venas. Disfrutarían de la eternidad en los días de vida que le quedaban a Estela, y las ondas sonoras de sus besos repicarían en los astros, con un vibrato inagotable.

—Buen día, amor —dijo Estela, que había acaparado las sábanas.

—Buen día —respondió Fernando, que temblaba de frío.

Él preparó el desayuno y se lo llevó a la cama. Según su registro, le quedaban veintinueve desayunos por hacer. Mojaba el pan blanco en el café con leche para que ella no tuviera que hacer mucho esfuerzo al masticar.

—No hace falta tanto cuidado. No soy una inválida —rio Estela.

—Me gusta hacer esto, dejame en paz —bromeó Fernando.

Era verdad que en los últimos días se la veía a Estela más fuerte y con más pelitos en su cuero cabelludo. Tal vez era porque ya no le inyectaban químicos. Eso no significaba que se estuviera reponiendo, en su interior el mal se extendía y se ramificaba. La piel de Estela, ante la luz que entraba por la ventana, se veía como las alas de una polilla. Fernando podía quedarse horas contemplándola, con las

mejillas expuestas al sol, los pómulos apenas sonrosados, parecían montañas de polvo que reventarían ante la mínima brisa.

—No hace falta que te levantes —le dijo Fernando—, te traigo la comida hasta la cama.

—De tanto estar acostada me pica la espalda —respondió Estela—. Quiero dar aunque sea diez pasos.

Caminó como si el piso estuviera cubierto de vidrios rotos, pero con cada paso ganó confianza. Tanta, que al sentarse se sirvió ella sola el café y cortó el pan sin que le temblara la mano. En cada movimiento, en cada gesto, demostraba una soltura inusitada, la vitalidad efervescía desde su núcleo. Fernando no podía permitir que Estela viviera un día más de lo previsto, la enfermera había dicho «dos meses de vida», no dijo «dos meses y un día» o «dos meses aproximadamente», eran dos meses y bastaba. Además, él no podría privarla de vivir un amor perfecto. La existencia no se mide por su extensión, sino por su intensidad, y para que Estela tuviera una existencia dichosa, necesitaba morir lo antes posible.

Fernando rebuscó en el botiquín algún medicamento cuyos químicos empeoraran la salud de Estela. ¿De dónde podría comprar cianuro? No, tendría que empujarla de las escaleras y decir que ella se desmayó a causa de su enfermedad o asfixiarla con la almohada cuando durmiera. El tiempo se le agotaba y seguía rebuscando en el botiquín como si por revolverlo tanto apareciera la solución a sus problemas. A Estela no se la escuchó entrar; Fernando se dio cuenta cuando ella lo abrazó desde atrás y puso sus manos en su pecho, él no pudo esconder su taquicardia, estaba casi seguro de que sus

pensamientos eran tan intensos que cualquiera que estuviese a corta distancia podía leerlos sin necesidad de ser telépata.

—Lo supe todo desde un principio, amor —dijo Estela—. La viejita se arrepintió después de que me visitaste por primera vez y me contó tu plan. Quiso advertirme, pero me pareció muy tierno.

—Pero ahora te estás curando.

—Sí, tal vez. La verdad es que nunca estuve tan enferma. Se pueden fingir un par de síntomas y te pasan a otra sala, y luego a otra y a otra, hasta que llegás hasta donde yo estaba y ahí fingen hacer análisis. No hacen más que inyectarte lo que corresponde y esperan a que mueras para que tu cama quede libre y pueda entrar el siguiente.

—¿Por qué?

—Porque es muy lindo que te cuiden y que lloren por vos. Que se despidan un poquito cada día. ¿Vas a llorar por mí cuando se agoten los dos meses?

Fernando asintió y la agarró de la mano. Apenas era de tarde cuando se acostaron uno al lado del otro hasta el día siguiente. Él le preparó el desayuno y ella no se levantó para ir a comer a la mesa; esperaba en su cama para seguir con el juego. Si le crecían los cabellos ella se los arrancaba y si su piel se veía mejor se abstenía de tomar agua el tiempo suficiente para que se viera reseca y quebradiza.

Terminó el plazo y llegó la noche. Fernando la miró y ella le tiró un beso desde el borde de la ventana antes de dejarse caer. Él tardó

cinco minutos en dormir y al día siguiente bajó en pantuflas para ver el cuerpo de Estela, cubierto ya por el plástico negro que trajeron los paramédicos. No fingió el llanto ni la desesperación, todo fue real, así como el amor que sintió por ella. En la carta que Estela dejó, explicaba que ya no aguantaba el dolor, que no quería verse más en el espejo, con la enfermedad que avanzaba por sus nervios como una enredadera, en los últimos dos meses conoció la felicidad y no quería arruinarla siendo obstinada. El día del entierro, Fernando no dejó que nadie lo ayudara a cubrir de tierra el cajón; lo hizo él solo hasta la última palada. Quedó sentado hasta que todos se fueron, se quedó hasta que el guardia le avisó que el cementerio tenía que cerrar y ya no podía quedarse.

PROSAS BREVES

ASFALTO MOJADO

Me curuvico y me amasijo en el polvo. Rancio amanecer.

Los días —gravedad fatal— son agujeros negros que se posan en las uniones de mis vértebras. Por más que el sol calcina mis párpados, me quedan dos minutos para que suene la alarma y no pienso entregarlos, ni bajo la amenaza de un péndulo cernido sobre mi cabeza. Durante esos segundos elijo la inmovilidad total, la quietud de cada fibra, que el aire entre y salga de mis pulmones sin necesidad de bombearlos. Mi soberana elección a la derrota.

La primera pieza suelta de mi memoria, su pelo; la segunda, el asfalto mojado que pisa mientras se aleja. Tengo una supernova en el pecho y el vientre deshilachado. Tengo el infinito y es escaso. Tengo el borde de sus labios: límite de mi existencia. Tengo la nada, una esfera de fuego que derrite mis yemas.

El olvido materializado en su sien. Mis ojos son médanos, pero entre las hendiduras imbricadas de mi mente ella se aleja por laberintos que se replican y siguen. Pisa el asfalto y se va.

Ni siquiera me queda el eco de sus promesas.

El asfalto, empapado y caliente, me sofoca.

*

TESTIGO

Me desperté diferente. Hoy quiero ser Dios.

Asir el cosmos y rodarlo a mi antojo. Formar huracanes con mis yemas, barrer ciudades enteras, enviar lluvias de fuego como quien da los buenos días. Quiero asignarle un lugar en el infierno a quien no se lo merece y no sentir culpa, porque solo existe mi voluntad.

Apartar el pelo de tu cara y que en tus vidrios rotos se refleje el sol. Mi carne carbonizada desprendiéndose en partículas. Rozar tu mano y darme cuenta de que mi torso es una atalaya de humo veteado que deja pasar el ataque de tu ejército.

Verte. Pero recuerdo que no soy Dios.

El universo me contiene: una mota de polvo en un estante babilónico. Testigo de hecatombes. Poseedor absoluto del fuego negro. Ausente el tacto. Con la piel demasiado gruesa como para dejar pasar un suspiro.

Ciego. Hoy me toca ser yo.

*

ATARAXIA

Soy el géiser/tsunami que inunda tus llanos. La aurora que sangre sobre tus pétalos.

En el interludio de tus besos está la foto en sepia con sus bordes carcomidos por el polvo, con una línea húmeda que discurre por su superficie y separa nuestros brazos.

Retazos de un momento que crepitan en el último cajón de un escritorio desvencijado, en una habitación en la que ya nadie entra.

Otro viento rozará tus mejillas y otro sueño flotará en el vaivén de tu susurro. Pero soy yo el que habita entre tus hebras, el que chispea en tus neuronas, efervescente en tu hipotálamo.

Ahora, otros son mis límites. Otra roca es la que cargo, la que alguna vez dejé al costado del camino.

*

ANCLAJE

Dios enganchó el ancla de la existencia en mis costillas. Él no me hizo a su semejanza, no me hizo del barro ni del polvo, sino de la mugre que tenía bajo las uñas. No soy de su agrado desde que tomé su libro con la izquierda, pero yo nací sin diestra.

Todas las mañanas unta su brocha con brea y pinta mi piel, negra y brillante como las pupilas del caballo que galopó kilómetros sin una gota de agua, y que ahora yace muerto en un pozo.

A veces me trocea y me tira al suelo para que las aves coman, luego aparezco en su valle oscuro, para volver a andar el camino.

Insiste en que viva, de lo contrario sería muy fácil. Cuando caigo me saca las piernas y me pone unas más grandes, pero ignora la caja que tengo por pecho, colapsada por las termitas.

*

RESABIO

De las olas que centellearon en mi crepúsculo, solo me queda el vapor de sus choques. Rocío que se acumula en los pliegues de mis párpados, ciénagas en mis ojeras.

De los rayos que el sol desperdigó en mi campo, pude juntar hilos de fuego con los que suturo mis pies, plantas de arcilla reseca, cuarteadas de tanta sombra.

De las galaxias que se arracimaron en tus pestañas sobraron púlsares que zanjan llagas en mis manos. Revoloteo de nebulosas inconscientes. Parla brava de gigantes rojas.

De los papiros que horadaron mis dedos hay grafemas inflamados en el precipicio de mi cristalino con tinta indeleble de pasos arcaicos, almacenados en los confines del llanto.

*

MOSCA

David se miró al espejo y se dio cuenta de que era una mosca.

Aparte de los que ya tenía, le brotaron muchos ojos en las mejillas, parecidos a forúnculos; y de las paletas de la espalda le salieron alas membranosas, todavía húmedas; pero lo que más acentuaba su condición de mosca era la certeza de que había entrado a este mundo para salir inmediatamente de él.

Creció con la idea de que, como mínimo, viviría ochenta largos años; años que tendrían la lentitud de una gota de brea en suspensión. Ahora se daba cuenta de que las hojas del calendario pasaban al igual que las manufacturas en una cinta transportadora y ya no podía pedir que disminuyera la velocidad, ni podía pedir que se reseteasen todos sus puntos de experiencia, como en un videojuego.

Sus alas recién concebidas se tornaron mustias y en cada uno de sus muchos ojos se marcaron ojeras por desvelos que aún adeudaba. La cuestión no era recuperar el tiempo perdido, sino disfrutar del tiempo que nunca tendría. Compró varios monitores y reprodujo varias películas a la vez; como no era suficiente puso la velocidad de cada cinta al doble y hacía el mayor esfuerzo para no parpadear. Filmes de romance o suspenso, de ciencia ficción o algún documental: su cerebro era un batido de emociones diversas provocadas por cada largometraje visto.

Recordó su interminable lista de libros pendientes y, como no podía despegar los ojos de las pantallas, leyó las novelas y poemas con el método braille. Usaba sus diez yemas para recorrer los relieves de las letras y apenas las deslizaba para no perder tiempo. Si no entendía un párrafo, no importaba, ya no podía retroceder, y completaba los vacíos argumentales con su propia imaginación, que le servía de masilla.

David tenía los sentidos tan sobreexplotados que le entraban imágenes por los oídos y melodías por los dedos. Su cabeza era un volcán en el que se tiraba la producción artística de siglos y tras no poder digerir gran parte de lo consumido, vomitaba la mescolanza en gru-

mos grandes y pegajosos, parecidos a collages dadaístas que dejaba al pasar.

Juntó esos collages que le salían del cráneo a borbotones y los colocó en las librerías, galerías y revisterías con las que se topaba. Su cuenta bancaria adoptó la forma de una babosa abultada que parecía a punto de reventar, pero lejos de apaciguar sus ganas de absorber el mundo entero, su ansiedad crecía y ahora contaba con nuevas extremidades.

Justo cuando creyó que el arte de vomitar collages se le daba bien, le fallaron las rodillas y su corazón bombeó en sentido inverso. Se apoyó en la húmeda tierra y se dejó succionar hasta el último pedacito de alas, que ya no eran las suyas. Así, de forma abrupta, su vida cesó con la premura con la que había aparecido, y después de un tiempo breve lo olvidaron, al igual que olvidarás estas palabras.

ÍNDICE

EL ORO DEL LABERINTO 7

LAS CENIZAS DEL ABUELO 15

ECO 25

LA HIPÓTESIS 33

EL REY DEL FUEGO 43

PERCEPCIÓN 51

SEMBRADÍO DE RAYOS 61

PIMPOLLOS DE CRISTAL 73

LÁGRIMAS DE CORAL 85

ALAS DE POLILLA 101

PROSAS BREVES 115

Impreso en Asunción en diciembre 2024